

1993

“PAVA SANTO”

GRAN

CACIQUE SIRIONÓ

(Poner foto 1288 y nombres)

Matilde – Catoira – Orlando – Pato en la selva de la orilla del río
Cocharcas en el departamento del Beni

Orlando Mercado Chávez

A MIS PADRES

A MI ESPOSA

A MIS HIJOS Y NIETOS

INDICE

TEMAS	PÁGINA
Preámbulo.....	6
A mis padres y amigos de la selva.....	8
Declaración Universal de los Derechos Humanos.....	10

PRIMERA PARTE

Pava Santo gran cacique Sirionó.....	14
El profesor Loayza.....	15
El secuaz y esbirro de Loayza.....	16
El Jefe Catoira.....	19
La reservación de Eviato.....	21
San Nicolás.....	24
La colaboración de la naturaleza.....	28
Mama Jesús.....	33

SEGUNDA PARTE

La huida.....	35
Las mujeres de Pava Santo.....	40
Noticia del compromiso de ayuda.....	41
La evasión.....	42
La libertad.....	47
La comisión de Eviato.....	49

TERCERA PARTE

Mi hogar.....	53
Mi fiel amigo Bobby.....	57
Bobby y el Ciervo.....	58

TEMAS**PÁGINA**

Mis correteos con Bobby.....	60
Bobby y mi paraíso amazónico.....	61

CUARTA PARTE

La amazonía mojeña.....	64
La mordida del lagarto a mi hermano Mario.....	69

QUINTA PARTE

Los Choris.....	74
Mis aventuras por la selva.....	76
Mi primer encuentro con los puercos de tropa.....	79
Mi segundo encuentro con los puercos de tropa.....	82
El poblado Sirionó.....	87
La fiesta y el baile Sirionó.....	88

SEXTA PARTE

La tribu Sirionó.....	92
La fabricación del arco y flechas.....	95
Las abejas y su miel.....	98

SÉPTIMA PARTE

La sociedad Sirionó.....	100
Mi encuentro con el tigre.....	102
La Londra o Nutria.....	108

OCTAVA PARTE

Mi expedición a Monte Grande.....	111
-----------------------------------	-----

La caza del Jochi Pintado.....	116
La loma de las londras.....	117
Antonio Cuellar.....	120
Triste final de mis amados amigos Chori.....	122
Glosario.....	126

PREAMBULO

El continente americano, abriga todavía un gran número de tribus nativas, diseminadas en la inmensidad de su territorio; con costumbres, idiosincrasias y manifestaciones culturales casi intactas, no deformadas por las influencias externas que las acosan en forma permanente, a causa del agresivo avasallamiento de la civilización contemporánea.

Los conglomerados humanos, vivientes en las selvas tropicales, están diseminados en las diferentes zonas geográficas de nuestro continente; encontrándose huérfanos, ante la agresión implacable de fuerzas extrañas que los persiguen con saña, con el peligro que su incorporación a la civilización actual, los extermine por falta de una orientación racional con relación a su identidad idiosincrática.

La verdad, es doloroso ver que las agresiones no paran, por no reconocerse que toda sociedad dentro de su desarrollo sociológico, tiene influencia del medio ecológico. Aspecto de importancia vital, para determinar su comportamiento social y motivo necesario para que los componentes de las sociedades llamadas civilizadas, comprendan el significado de su existencia de pueblos selváticos y conglomerados sociales especiales.

El análisis sincero, racional y objetivo es para que nos guíe, hacia el conocimiento pleno de la cultura de estos pueblos llamados bárbaros. Agredidos a través de la historia, con un proceder equivocado e injusto con relación al tratamiento de sus normas de vida; cosa que ha dado un resultado dañino quizás irreparable, contrario al principio natural de interrelación existente entre los seres vivientes.

Las consecuencias negativas, derivadas de este comportamiento

desviado y cómplice de la sociedad civilizada, desvirtúa totalmente la tan mentada Declaración Universal de los Derechos Humanos, transformándola en un simple enunciado lírico, estéril e ineficaz.

La sociedad llamada civilizada, influenciada por los vicios generales que norman el comportamiento, no ha buscado mecanismos honestos y racionales para integrar a los llamados bárbaros, con la dignidad necesaria para lograr el equilibrio que sólo se da con la unidad socio – racial. Erradicándose para siempre el hambre, la miseria y la muerte que se campea por el mundo.

A MIS PADRES Y MIS AMIGOS DE LA SELVA

Recuperar, una experiencia vivida tantos años atrás, me ha motivado a escribir estos recuerdos de mi infancia y juventud. Recuerdos que me llenan de una sincera emoción; pues en ellos, aparecen seres que he amado entrañablemente, mis padres y mis amigos de la selva.

MAMÁ... me pregunto, **¿por que esta palabra llena de un sentimiento tan profundo?**

Es por el amor que viene de haber nacido de ella; **mama Aída**, la llamaban cariñosamente quienes la conocieron y quisieron, es una mujer de un temperamento, sólo visto en mujeres que han sido dotadas de un espíritu superior y pioneras. Madre que dio todo por sus hijos, luchando en forma tesonera y sin desmayo para formar una familia; en la cual, su ejemplo de honestidad y trabajo la hizo fuerte.

JULIO... su esposo, era un hombre de temperamento especial, la nobleza y la amistad eran su línea de conducta. Muy querido por todos y en los pocos años que nos acompañó, creó en sus hijos sentimientos honestos, tratando de asemejarnos lo más posible a él, por el ejemplo de hombría real que emanaba de su espíritu.

No quiero dejar en el olvido, a mis entrañables amigos los Choris de la tribu Sirionó. Un pequeño grupo de seres humanos, que vivieron en la hacienda de mi familia. Desprendimiento de un pueblo asentado en la reservación de Eviato, situado en la amazonía beniana y a sólo diez leguas de la ciudad de Trinidad. Con mis amigos los Chori, pasé los más bellos momentos de mi niñez y juventud, recuerdo a pesar del tiempo sus elegantes figuras, deslizándose por la espesura de la selva con ese andar felino, de un lugar a otro.

Las enseñanzas y los ejemplos recibidos de mis padres, apoyados por la sencillez de estos mis queridos amigos selváticos, lograron forjar y crear en mi espíritu, un amor y respeto real y definitivo por la naturaleza.

Este trabajo, lo emprendo con la esperanza, de que esta historia contada, lleve a la comprensión justa de la vivencia de los pueblos originarios y autóctonos, al oriente de la cordillera de los Andes. Su lectura además nos ayude a ubicarnos, en la justa dimensión en relación con el medio natural donde se desenvuelven.

El conocimiento de las vivencias humanas de este pueblo, tiene el objetivo de consolidar una mayor comprensión, sobre la idiosincrasia de nuestros amigos llamados bárbaros; para que, empapados en sus necesidades y anhelos, luchemos en conjunto reivindicando sus derechos.

DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

Artículo 1. Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

La irracionalidad y la soberbia de los poderosos, en el comportamiento de una sociedad americana mestiza, relacionada a los pueblos originarios autóctonos, es con soberbia y discriminatoria; si no se reorienta al ser retorcida, será causa de graves desajustes para las sociedades agredidas en el mundo entero.

Los pueblos o tribus que viven en nuestras selvas, no han escapado de esta influencia irracional de los poderosos, siendo atropellados por conductas, basadas en equivocados conceptos dictados por la deformación espiritual heredada, en busca de la eliminación de estos pueblos mediante un avasallamiento sistemático e inhumano.

La sociedad moderna, preñada de maldad y de injusticia histórica por los poderosos de siempre, debe llevarnos a la vergüenza y la reflexión, por la culpabilidad de haber sometido a un pueblo como el Sirionó, en un estado villano de postración y servidumbre. Además doloroso a todo sentimiento humano, como situación y conducta social, contraria a todo principio racional en las relaciones entre los hombres.

Este trabajo histórico y social, se relaciona y trata de resaltar las costumbres y formas de vida, de una de las tribus más nobles que recuerdo dentro de mis vivencias juveniles, por haber vivido mis primeros años de vida con mis amigos los Choris. Conociendo sus

condiciones humanas, y esa grandeza de espíritu dotada sólo en los seres equilibrados, porque además pasé con ellos las experiencias más hermosas de mi niñez y juventud.

La sinceridad en el comportamiento social de los seres humanos, debe ser como base, el renunciamiento a todo interés personal, haciendo que asimilemos y consigamos una mayor comprensión, sobre las costumbres y formas de vida de las diferentes tribus, existentes todavía en el extenso territorio americano.

La comprensión sobre la existencia de estos seres de la selva, hará que decidamos serenamente comprenderlos, cuando asuman la legítima defensa de sus espacios vitales, cada día más reducidos a causa del avasallamiento de la civilización actual. Para que así, logremos ayudarlos desinteresadamente, a salir del futuro incierto al que están destinados.

Este modesto y sencillo trabajo, lo hago con la seguridad de conseguir concientizar a la sociedad americana y mundial en su conjunto, en buscar que los hombres de buena voluntad, se aglutinen en torno al problema sociológico planteado, consiguiendo crearse mecanismos reales y honestos, para integrarlos a la sociedad con las prerrogativas de todo ser humano.

Los nativos autóctonos y supuestos bárbaros, son hermanos nuestros y merecedores de la ayuda sincera, en base a un espíritu evolucionado, evitándose el marginamiento al que son llevados, con la consecuencia de la postración actual, en el cambio sufrido de la libertad que les dio la naturaleza, de pasar al oprobioso estado de esclavitud de las miserias en nuestras calles.

Los autóctonos, llamados salvajes de nuestras Américas y del mundo, son seres humanos que merecen un destino real y equilibrado, además ser respetados a pesar de su mentada rusticidad y atraso en que se encuentran, porque son seres

humanos viven libres de las deformaciones que nos trae la sociedad actual.

La libertad que les da la naturaleza, son valores reconocidos por los que hemos tenido la suerte de convivir con ellos, entendiendo lo grande y hermoso de los sentimientos de estos seres humanos, erróneamente llamados bárbaros y salvajes.

La narración que inicio, sobre mis vivencias de niño y primera juventud con este amado pueblo, puede incurrir en muchas divagaciones, porque lo que recuerdo de la historia que voy a contar, se encuentra en la neblina de mi memoria y son sacadas de mi subconsciente.

Los relatos que van a ser contadas, se desarrollaron en un lugar apartado de nombre Monte Grane, ubicado en el departamento del Beni. Uno de los parajes más bellos de la amazonía americana, en el se cuentan, las andanzas y experiencias vividas, además las costumbres, la forma de vida y los usos de esta raza amiga.

El compartir muchas cosas con los entrañables Sirionó, me hizo conocer sus hábitos y su idiosincrasia como personas buenas y humildes. Integre desde mi niñez sus viajes de cacería en plena selva, correteando incansablemente tras las presas que se ponían a nuestro alcance. Compartí la identificación de las cosas y misterios de la naturaleza, creando en mí un amor especial por ella. Aprendiendo además, a amarlos y respetarlos como seres humanos.

Los personajes que aparecen es esta historia, así también los parajes y pueblos que se describen, en su mayoría son totalmente reales; existiendo eso sí, algunos personajes a consecuencia de mi fantasía y de la exposición de los sucesos.

PRIMERA PARTE

PAVA SANTO GRAN CACIQUE SIRIONÓ

Era la noche de un sábado de noviembre de 1935, se estaba entre las 3 o 4 de la madrugada de una noche oscura y sin luna. Comienza la dura historia de lucha por la libertad de su pueblo, emprendida por este gran guerrero de la raza Sirionó llamado Pava Santo.

Hacen más de 15 años, los Sirionó llevan reclusos y esclavizados en la localidad selvática de la reserva de Eviato, a escasas diez leguas de Trinidad, capital del Departamento del Beni. Lugar donde se instaló el grupo indígena sacado de los montes cercanos, en los que vivían en completo estado salvaje, entre los pueblos Guarayos y El río Grande, según el criterio de ese entonces.

La existencia de los bárbaros en la reservación Chori de Eviato, se encuentra bajo una dominación muy particular, que está ejercida por un grupo de individuos, de no muy buenos sentimientos que los custodian. Manteniendo además, la administración del campamento, bajo las órdenes de un jefe puesto por el gobierno central desde el Altiplano boliviano.

EL PROFESOR LOAYZA

El profesor Loayza, era el amo supremo de la reservación Chori. Refleja la imagen de un hombre bueno y justo, dando la impresión de que maneja a los cautivos, con disciplina y respeto a su dignidad de seres humanos. Durante las periódicas visitas, de ciertos personeros venidos desde La Paz, estos ven que todo está bien y que las cosas marchan a pedir de boca. Pero el profesor, hombre ambicioso no pensaba vegetar, perdiendo años de su existencia en tan remotos parajes selváticos.

El jefe de la reservación, había dejado su tierra natal allende la cordillera, buscando conseguir mejoras materiales, que le permitiera retornar a disfrutarlas. Siguiendo los planes que se había propuesto, se rodeó de personas de muy pocos escrúpulos, con los que estableció un sistema de terror y sometimiento de estos sencillos seres humanos.

Visitaba muy pocas veces y casi nunca la reservación Sirionó, su base se encontraba en el poblado de Casarabe, distante unas ocho leguas de Trinidad y de la reservación como unas cuatro leguas entre la tupida selva. Llegándose después de pasar varios ríos, cañadas y curuchis.

El profesor Loayza, dirigía todo lo referente a la administración de la reservación desde Casarabe, recibiendo partes informativos permanentes de su segundo e incondicional secuaz de nombre Adonai.

EL SECUAZ Y ESBIRRO DE LOAYZA

El sicario del profesor Loaysa se llamaba Adonai, era un hombre musculoso y de porte mediano, con hábitos desagradables, pues le gustaba el tabaco fuerte e ingería grandes cantidades de alcohol. Un personaje muy peculiar, lo que se dice un sádico, pues hacía sufrir a los sirionó. Le atraía perseguir a las mujeres, no respetando a niñas, casadas ni ancianas.

La madrugada era quieta en la reservación de Eviato. Las callejuelas mal trazadas estaban desiertas, parecía un poblado fantasma de los tantos que existen en las selvas amazónicas. Los lugares más oscuros, creaban buenas condiciones, para las ratas buscando comida entre los panacuses, con alimentos que colgaban de las vigas semipodridas de las chozas.

Las ratas eran acechadas por otras alimañas de la selva, como las carachupas a las que servían de alimento, junto a algunos murciélagos que se ponen a su alcance. Nuestros amigos de la noche, se paseaban sin importarles, algunos perros que las miraban despectivos e indolentes.

Lo profundo de la selva cercana al poblado, era todo lo contrario de lo que se vivía en el poblado Sirionó. Una infinidad de seres vivos, se esconden y acechan entre si, luchando permanentemente por la existencia, con ruidos característicos que se forman, y no son más que la voz de la selva.

La sensación producida, era de estar ante un drama trágico, sin ninguna conexión con el desarrollo implacable, en la lucha por la existencia de los seres que la habitan. Cosa por demás lógica y justa, que lleva a comprenderla y respetarla, cuando se está empapado de su realidad.

La oscuridad y la quietud observada en las precarias viviendas de

madera y hojas de Motacú, crean una extraña sensación de misterio y certeza, de que en ellas sólo habitan fantasmas. Esta situación de irrealidad y precariedad, contribuía a dar una idea de rusticidad al campamento, como muestra real del estado miserable, en que se desenvuelve la existencia triste de los sirionó cautivos y esclavizados.

Al costado de las humildes chozas, se percibían algunas fogatas languidecientes, algunos leños se mantenían encendidos y semiapagados, de vez en cuando lanzaban luces proyectando sombras espectrales. Las chispas que saltaban de los tizones, mostraban que en las viviendas existía vida terrenal, delineando algunas figuras desparramadas, dormitando alrededor de ellas.

Los hombres y los animales que criaban, se encontraban descansando en un reparador sueño, unos y otros reposaban al lado de las cenizas aún calientes. Así mezclados, buscaban calentar sus semidesnudos cuerpos, en las noches algo frescas de la selva.

La quietud reinante, se rompió de pronto y se escuchó un grito en lo profundo de la selva. No era de ser humano alguno y se repetía de rato en rato en la lejanía, estaba asociado con una infinidad de ruidos, creando la certeza de que en ella, se desarrollaba con intensidad la lucha por la vida.

El grito, era la queja de dolor por la muerte anunciada, el rey de las selvas amazónicas, de vez en cuando dejaba escuchar el rugido característico, el cual era respondido por el ladrido furioso de los perros, presagiando el peligro que representaba, y tratando de alertar a los durmientes seres humanos sobre la muerte que los acechaba.

Los hombres indolentes, seguían entregados al sueño, y el miedo sin eco de los perros, terminaba en el lastimero aullido de algunos de los más viejos. Sensación que llena de terror, a los que no

conocen la selva y los Chori no tomaban en cuenta estos ruidos, pues para ellos, sólo era la queja ancestral de la madre naturaleza, dolida por la desgracia de esta raza cautiva.

El vivir asociado con la naturaleza, hace que estos fenómenos no representen amenaza alguna para los Choris, pues ella sólo les da libertad y amorosa protección. El peligro les vino de afuera, en la irracionalidad e incomprensión de hombres supuestamente civilizados, que con la soberbia de los malos, se atrevieron a turbar el equilibrio en que vivían.

EL JEFE CATOIRA

El estado de quietud, no era compartido por todos en el campamento. Alguien dentro de su precaria choza, se mantenía despierto y sufría por la situación en la que estaba sometido su pueblo. Buscaba desesperadamente, algún medio de liberarlo.

Dentro de un pequeño espacio oscuro, se encontraba el gran jefe Chori Pava Santo ya anciano, pero mantenía todavía un cuerpo robusto y musculoso, como resultado de tantos años de lucha contra las adversidades en la selva. A pesar de su piel arrugada por el tiempo y los años, se notaba en él un hombre bien parecido, no pasaba los sesenta años, de espaldas anchas y piel bastante oscura y bronceada por el sol.

El jefe Chori Pava Santo, encadenado a uno de los horcones en una alejada y precaria construcción, rodeada de algunas matas de tabaco y plantas de Urucú. Pensaba en la desgracia que significaba para su tribu, el estado de esclavitud y postración en que se encontraban. Soñaba con el día, en que lograría la libertad para su pueblo, tan buscado y con febril ansiedad.

Los penetrantes ojos del jefe Pava Santo, brillaban con una intensidad tal a pesar de la oscuridad reinante, parecían dos carbones encendidos, en ellos se expresaba todo el dolor y la rebeldía de su raza oprimida. Miraba hacia todos lados, sumamente nervioso y esperando algo.

Una sombra muy tenue, se movía acercándose a la choza. El deslizamiento de la figura fantasmagórica, creó un ruido imperceptible para cualquier otro que no fuera el jefe. Eso sí, menos para este experimentado hombre de la selva, que escudriñando entre las sombras de la noche, buscaba visualizar el ruido afuera desde la oscuridad completa de la pieza.

El Jefe Pava Santo, sintió más que vio una sombra, que sigilosamente se acercaba hacia donde se encontraba, la cual lo hacía deslizándose con movimientos huraños y felinos para, evitar ser descubierto y delatado.

Había constante y estrecha vigilancia en la reservación, con perros que en esos momentos dormitaban cerca. Nuestro amigo se movió inquieto, mordiéndose los labios por la impaciencia que sentía. De sus bordes doloridos y trémulos, por los sufrimientos que había soportado últimamente, salió una voz suave y profunda.

Catoira Atuchae. El jefe insistió... Atuchae.

Poco a poco, se fue haciendo visible la figura de un hombre joven y fuerte, mostrando en su andar una agilidad felina, envidiada hasta por el mismo tigre. Cuando llegó al lugar en que se encontraba su jefe, con cara seria y solemne, prestando mucha atención se dispuso a escucharlo.

Catoira... hijo mío. Murmuró despacio el jefe Pava Santo.

Ir San Nicolás... Hablar taita Julio... Contar hechos... riesgo nuestro pueblo... Pedir ayudar Taita... Aprovechar monte cazar, le espeto de sopetón.

El pedido fue hecho, por presentarse el momento oportuno para esta visita, ya que tenían que salir a cazar, para proveerse de carne en la reservación.

LA RESERVACIÓN DE EVIATO

La reservación Chori, está enclavada en medio de la espesura de la selva, se llega a ella por una senda casi cerrada por la maleza. El campamento de Eviato, que en Sirionó significa Loma Alta, se encuentra partiendo desde un precario poblado de mestizos, a media jornada de distancia, llamado Casarabe.

El perímetro de su zona urbana, contiene diseminados y reclusos varios grupos de Choris. Cada uno tiene su propio jefe, pues representan a tribus diferentes supuestamente civilizadas. En uno de estos grupos, están los componentes de la tribu comandada por el gran jefe Sirionó Pava Santo.

Los sirionó, cubrían sus necesidades de alimentación, mediante periódicos envíos de víveres por parte de las autoridades centrales. Alimentos que muchas veces no llegaban a destino, debiendo recurrirse a la casería, y a explotar algunos elementos proporcionados por la selva. Especialmente la cárnica, abastecida por medio de la cacería y la pesca. Se explotaba también, las raíces de muchos tipos de bejucos que crecen entre los árboles, el Palmito sacado de palmeras de Chonta y Motacú. Así como todo tipo de frutas silvestres, existentes cerca del campamento, como el Coquino y el Aguay principalmente.

La población cautiva de la reservación de Eviato, era bastante numerosa y los alimentos se consumían rápidamente. Por ello, los encargados de administrarla, enviaban periódicas expediciones al monte, con la específica misión de reunir reservas de carne para varias semanas.

Las expediciones de caza, permitían que los quimbaes, se internaran profundamente selva adentro por espacio de varios días. En su permanente deambular por el monte, los Choris acumulaban el resultado de su cacería, consistente en alimentos

cárnicos, que acopiados y conservados eran transportados en Panacuses. Construidos específicamente, utilizándose las hojas de cogollo del Motacú. Las se acumulaban, después de proceder al ahumado en chapapas, construidas con el Jichiquí de las mismas hojas maduras de Motacú.

Los quimbaes, al no completar el proceso de recolección de alimentos, si era necesario seguían con la cacería hasta llegar a los cupos programados. Para ello, dejaban el producto escondido y colgante en los árboles, evitando así sea robado por el tigre, como muchas veces había sucedido.

Las pieles de los animales cazados que no tenían valor comercial, quedaban para uso propio en la confesión de utensilios. Las que tenían valor comercial, en el mercado de la ciudad de Trinidad cercana a Eviato, eran vendidas por el director de la reserva en diferentes comercios, para su propio peculio e interés de enriquecimiento. Los sacrificados hombres de la selva no recibían beneficio alguno, del dinero que resultaba de esta operación.

Las expediciones de cacería las componían sólo quimbaes, pues las cuñas y los quimbaicitos se quedaban en la reserva, como rehenes y para evitar que los cautivos, tuviesen la idea de escapar selva adentro, en un intento de recuperar la libertad que les había sido quitada. Retornando al hogar que tuvieron ancestralmente, que amaban y adoraban por más malo que pudiera ser.

Insistió Pava Santo...

Catoira pedir taita Julio... Defender Chori... Ayudar Pava Santo...
Hombres Eviato... Decir bueno... Nosotros oso.

El hombre joven y musculoso, escuchaba con expresión seria al jefe, mostrando la preocupación que sentía ante la situación que

vivía. Observó con mucha atención, notándose en su mirada el sentimiento de gran amor que sentía por él.

No duró mucho tiempo el encuentro. Fue furtivo entre nuestros personajes, pues después de recibir las instrucciones de Pava Santo. Catoira extremando el cuidado para no ser descubierto, volvió por donde había venido, perdiéndose entre las sombras de la noche.

Bastante lejos del campamento hacia el norte, se veía dibujarse en el cielo, un relámpago presagiando la proximidad de las tantas e intempestivas lluvias, que se presentan después de ese significativo aviso.

El aire había cambiado muy tenuemente. La temperatura del ambiente se volvió un poco más agradable. Nadie le dio importancia a esta advertencia, pues dormían plácidamente dentro de sus precarias Chozas que les servían de viviendas, ajenos a lo que sucedía fuera de ellas.

El joven Catoira pensativo, meditaba sobre el futuro de su pueblo, ajeno a todo lo que no fuera su propia desgracia siguió su camino. Unas cuantas gotas de agua caídas del cielo, lo sacaron de su meditación y apresurando el paso, se dirigió casi corriendo hacia su choza, evitando mojarse.

Estos chubascos en la selva tropical, muchas veces sin previo aviso, derraman chorros de agua en la amazonía cruceña y beniana, transformando esos parajes en sendas anegadas, difíciles de superar dentro de cualquier marcha. En esta zona, la primera lluvia humedece, la segunda llena y la tercera rebalsa.

SAN NICOLÁS

San Nicolás, era una hacienda agrícola ganadera en formación, estaba administrada por Julio Mercado Ortiz, yerno del próspero ganadero cruceño don Bernardo Chávez. No hacía mucho tiempo, la había adquirido de don Clemente Suárez, tradicional ganadero beniano.

Llegaron a San Nicolás, Julio acompañado por su esposa Aída y su hijo Mario de sólo algunos meses de edad. Lo hicieron viajando varios días precariamente, en un carretón tirado por varias yuntas de enormes bueyes. Se encontró un pequeño claro en la selva y algunas casuchas por derrumbarse.

La hacienda, está ubicada a varias jornadas de atravesar selvas, ríos y curiches llenos de animales salvajes, entre ellos palometas o pirañas de forma plana, con colores que van desde el rojo azulado, hasta el azul amarillento.

Las palometas reunidas en grandes bancos, significan un peligro real y eminente, para los que se atreven a cruzar los ríos y arroyos, por la agresividad y ferocidad que muestran. Voracidad que acaba con toda vida en minutos, dejando el esqueleto de los animales y del mismo hombre que osó desafiarlas.

Los ríos, también cuentan con caimanes de tamaños gigantescos, desmerecidos en nada de la ferocidad y permanente estado de hambruna de las pirañas, acostumbran tomar sol a orillas de torrentes y lagunas. Ante la posibilidad de alimentarse, se lanzan con rapidez al agua, en busca de sus víctimas que ahogan y destrozan, para luego engullir los groseros pedazos resultantes de tan cruento proceder.

Las Sicurises de todo grosor y largo son otros habitantes de nuestros ríos, en muchos casos sobrepasando los diez metros, las

que sumergidas indolentemente en las partes poco profundas, esperan a sus víctimas, como verdugos pacientes y seguros.

Las selvas tienen tigres, de una ferocidad poco vista por el ser humano, que concedores de su fuerza y poder dentro de la selva, atacan y agreden a cualquiera que ose ponerse a su alcance.

El atreverse a internarse en la selva, los ríos y las pampas debe ser sorteando una infinidad de peligros, que para los que no están integrados a esta vida, su resultado es desagradable y quizás mortal. Para los que viven en estos parajes, este peligro lo toman en cuenta, por estar acostumbrados a lidiar con los riesgos que representan.

Los tantos viajes de Don Julio, hacia la capital del Beni llamada Trinidad, para vender el ganado de corte que internaba en sus potreros de Capín y Yaraguá, que fueron quitados a la selva palmo a palmo a machete y hacha con mucho esfuerzo y sacrificio. Fue motivo de que fortuitamente, contacte con el encargado de la reservación de Eviato de apellido Loayza, con profesión maestro de escuela y base en el poblado de Casarabe.

Mientras Julio y Loayza, tomaban una refrescante cerveza en un barcito de las afueras de Trinidad. Conversaban amenamente soportando el inmenso calor reinante.

Loayza dijo...

Don Julio...

Es muy grato para mí conocer a un hombre de ciudad, que dejando las comodidades viene a la selva, para luchar y hacer florecer propiedades ganaderas como la suya.

Gracias profesor contesto el ganadero...

Me gustan sus expresiones...

¿Qué lo trae por acá, dejando sus trabajos en la hacienda?, preguntó el profesor.

Bueno contestó don Julio, tengo una vacada de descarte gorda y estoy buscando mercado para venderla.

Loayza movió la cabeza meditando, estaba pensando en el buen negocio que parecía haber en puertas y dijo.

Don Julio. Ha tenido suerte al encontrarse conmigo. Le puedo comprar algunas reses, para salario en la reservación indígena que administro.

Después de varios tises y aflojes entre Julio y el Profesor Loayza, se llegó al acuerdo de proveer veinte reses mensuales, para la alimentación cárnica de la población Sirionó.

Una vez llegado al cuerdo, los recién conocidos brindaron por su futura relación comercial.

Salud, don Julio...

Este será el principio de una buena relación de negocios. Salud profesor contesto el hacendado.

El beneficio de la provisión de carne para los Choris, nunca llegó a ser efectivo, pues a los pobres Sirionó no les tocaba, sino la menudencia si tenían suerte. Lo resultante del sacrificio de las reses, se comercializaba en el pueblo cercano Casarabe y en la ciudad de Trinidad, capital del Beni.

El viaje para entregar reses a la reservación Eviato, con efectuar constantes idas y venidas para hacer efectivo el cobro convenido,

hizo que Don Julio conociera al gran jefe Pava Santo. Impresionado por la condición de hombría que emanaba de este hombre, se cultivó con el tiempo una amistad y simpatía especial.

Lo que llamó la atención de Don Julio y le llenó de admiración, fue la prestancia y fortaleza que mostraba, aún en el estado de esclavitud al que se encontraba sometido, que no doblegaba esa indomable fuerza espiritual que brotaba de su ser.

Lo que se acordaba, con los organismos del estado no tenía un final feliz. La operación del ganado para Eviato fue un fracaso, por la falta de pago y el convenio con el tiempo fue roto y cortada de la provisión de carne después de más de un año, se perdió todo contacto entre Julio y Pava Santa, pero no fue suficiente para empañar su amistad, ya que el taita mantenía un gran recuerdo y simpatía por su amigo Chori.

El jefe Pava Santo, gran conocedor de los hombres, sabía que su amigo blanco no le negaría la ayuda que solicitaba, animándolo a gestar el plan de huida para lograr la libertad de su pueblo.

LA COLABORACIÓN DE LA NATURALEZA

La naturaleza siempre vigilante y lista para acudir en ayuda de sus hijos en la selva, conocedora de los sufrimientos de este pueblo, transformada en cómplice, colaboró con el plan. Había llovido torrencialmente en los últimos días, algo muy natural en aquellos parajes amazónicos en la época de verano.

La provisión de carne, siempre insuficiente por ser parte importante de la dieta alimenticia, estaba casi agotada, siendo de imperiosa necesidad se preparara la expedición de caza, e internarse en la selva sin esperar que mejorara el tiempo.

La población Sirionó, preparó lo necesario para el éxito de la operación y emprendió el viaje. Se formaron varias comisiones, que se internaron selva adentro en diferentes direcciones. Los quimbaes iban acompañados de sus inseparables perros, delgados y nerviosos que se paseaban entre ellos, moviendo la cola y ladrando de alegría, presintiendo que tendrían mucha diversión con los animales que ayudarían a cazar.

Las cuñas y los quimbaicitos, observaban la partida de los hombres de la tribu, calladamente con caras serias y tristes. Sus miradas reflejaban la decepción y el dolor que sentían al no poder acompañarlos en la aventura, ya que habían sido despojados de lo más sagrado que existía para ellos, la libertad que se manejaba con la naturaleza.

Los Sirionó, antes de ser civilizados y esclavizados, se desplazaban por la selva en medio de una existencia nómada y libre. Cuando se los hizo cautivos, recibieron el nombre de Choris por otras tribus y por los mismos carayanas. Con este mote, se los diferenciaba en calidad de desprecio, a su condición de seres sumisos y esclavizados.

La vida de esta tribu amiga, dentro de su rusticidad era completamente equilibrada, desplazándose por la remota, inmensa y verde selva, recibiendo el amor y la abundancia con que la naturaleza dota a los que la comprenden y respetan.

La hacienda, en donde vivía taita Julio estaba en formación. Los trabajos prioritarios, eran lograr mejoras dentro de las viviendas y quitarle al bosque palmo a palmo su influencia, pudiéndose formar cultivos de pasturas para la alimentación del ganado de servicio, entre los que se contaban bueyes y algunas vacas que proveían leche y queso para la alimentación de los trabajadores.

La jornada de duro trabajo como todos los días, hizo que el patrón descansara recostado en su hamaca guaraya, de color blanco con grandes y coloridas franjas rojas. Estaba la hamaca, ubicada bajo el único alero que tenía la rústica vivienda de Motacú. En los atardeceres, el taita se juntaba y tertuliaba con sus trabajadores, a modo de matar el tiempo monótono del crepúsculo y parte de las largas noche en el campo.

Eran más de las seis de la tarde...

El patrón descansaba, mientras los que lo rodeaban saboreaban un humeante café servido por Jesús. Mujer del capataz y muchacha joven que lo había acompañado desde su ciudad natal Santa Cruz de la Sierra, taita Julio con una expresión de añoranza, contemplaba el sol ocultarse por el poniente. Pensaba en su ciudad natal y en los seres queridos dejados en ella, principalmente su anciana madre Doña Petrona Ortiz Antelo.

El horizonte lejano, mostraba por encima de los cercanos y gigantescos árboles, con las nubes y parte del cielo que reflejaba una tonalidad rojiza, dando la sensación de que un gran fuego estaba quemando todo lo existente. Detrás de tan imponente

muralla selvática, mezclados el color rojo con el verde intenso, creaba un cuadro casi irreal por la gama de colores, transformándose uno de los más bellos atardeceres.

Se escuchó el ladrido furioso e insistente de los perros, denunciando que un intruso venía, por el lado en donde existe una senda, que generalmente es utilizada por las visitas o viajeros que no faltaban. Varios peones o empleados, en ese momento se bañaban en la cañada de San Nicolás. Ante el bullicio, levantaron la vista y vieron como los Choris de Eviato, salían del monte y cruzaban el precario puente que servía para sortear ésta. Al frente estaba la zona de los chacos, muy cercana a las casas de vivienda.

Los quimbaes y sus perros, cruzaron ágilmente por el puente de una sola viga, acercándose al lugar donde descansaba taita Julio. El patrón con la diligencia, demostraba por el interés especial en sus amigos los Choris, se levantó, dejando el estado de placidez y comodidad en que se hallaba, mientras saboreaba un refrescante vaso de caldo de caña.

Con la agilidad de un hombre joven, fue al encuentro de sus amigos, a quienes recibió con saludos y abrazos llenos de cordialidad. Los Choris eran unos ocho, armados con machetes y sus inseparables arcos de chonta y flechas de chuchío.

La encontronada, al juntarse los perros flacos de los visitantes, con los relativamente gordos de la estancia creó tal pandemónium, llenando el ambiente de ladridos y aullidos lastimeros, de los unos que recibían mordiscos y agresiones, como visitantes huyendo con la cola entre las piernas en busca de sus amos, entremezclándose con ellos.

Pasados varios minutos, con un poco de esfuerzo y a base de utilizar la huasca, se logró calmarlos. Taita Julio recibió a los

viajeros y los acomodó para que descansaran. Dirigiéndose a Catoira, preguntó por el jefe Pava Santo.

La sola mención del jefe cautivo, hizo que las caras de los quimbaes se ensombrecieran, para luego mediante su característico y clásico cuchicheo, contar al taita las peripecias que estaba viviendo y el cruel castigo sometido, por la rebeldía a la oposición al estado en que se encontraba su tribu.

El Chori Catoira...

Acercándose a taita Julio y le dijo en voz muy baja.

Taita... Hablar solo...

El taita y su amigo, se apartaron del grupo, que conformaban algunos empleados de la estancia con los recién llegados quimbaes.

Una vez solos. Julio preguntó a Catoira.

Bueno... Ya estamos solos... Ahora decidme cual es el secreto que guardas tan celosamente.

Catoira contestó... Pava Santo mandar pedir a taita protegerlo él, su gente, hombres Eviato.

El pedido de Catoira, por su forma dramática, hizo impacto en el generoso espíritu de hombre bueno del taita. Don Julio, quedó un tanto pensativo ante la solicitud del quimbae y por la forma en que fue hecha, mostrando la desesperación en que se encontraban, por causa del perverso del cautiverio a que estaban sometidos.

Sin titubear un instante, don Julio contestó. Podes decirle al jefe Pava Santo que si viene para acá, tendrá todo mi apoyo y

protección. Para luego recalcar con convicción.

¡Que no lo dude...!

El rostro de Catoira e hijo de Pava Santo, se iluminó dando paso a una sonrisa de felicidad. No pasaron muchos minutos, y apareció por la parte trasera de la vivienda principal una mujer de rostro redondo, de facciones definidas y clásicas de los habitantes de la chiquitanía cruceña.

MAMA JESÚS

Mama Jesús, era una mujer joven y de movimientos firmes, que demostraban el don de mando que le caracterizaba. Acercándose al patrón preguntó.

¿En que puedo servirle don Julio?

El taita, mirando a su interlocutora con cariño por haber sido criada como hija, le ordenó lleva a mis amigos al comedor. Dales de comer y de la despensa saca lo que sea, y llena sus panacuses de víveres, con azúcar y sal principalmente. No le mezquines nada.

La mama Jesús, acompañada de los componentes de la expedición, se dirigió a la precaria casa de Motacú que servía de comedor y de despensa. Con el característico bullicio de seres sencillos, los quimbaes demostraban su satisfacción, por haber podido conseguir algo tan preciado para los hombres de las selvas amazónicas, la sal principalmente.

SEGUNDA PARTE

LA HUIDA

El jefe Pava Santo, yacía totalmente desmadejado, estaba recostado sobre unas hojas de Patujú gigante que le servían de colchón.

El Patujú es una planta que crece en abundancia por estos parajes de la selva, cercana al poblado carayana y mestizo de Casarabe, y es muy común en toda la selva tropical amazónica.

El jefe chori, se encontraba echado de costado, y en su espalda se veían unos surcos rojizos, con hilos de sangre seca que habían manado, de las heridas producidas por una feroz paliza.

Los cuidantes de Eviato, hombres sin sentimientos, no mostraban signo alguno, de sentir lástima por esta noble y sufrida multitud cautiva. Quizás por su poca educación y ninguna formación espiritual, por lo que mantenían a estos magníficos seres humanos, como simples animales y sin darles mejor trato que a los perros, que tenían amaestrados para perseguir a los sirionó huidos, que se atrevían a soñar con la libertad perdida, intentando escapar de la reservación.

Los perros guardianes de la reservación eran bien cuidados, los mantenían superabundantemente alimentados, para cuando trabajen en sus funciones específicas, como buenos sabuesos, no dejaran de encontrar la presa. Cada Chori, representaba para ellos una ganancia económica, por los réditos en pieles que significaban sus cacerías periódicas.

El jefe Sirionó Pava Santa, cansado de tanta vejación y desprecio, por parte de los cuidantes de la reservación, había protagonizado varios amagues de rebelión, que no dieron resultado por la superioridad armada de los carceleros, y por la falta de apoyo de otros grupos Choris, pues esta vez el castigo infligido al valeroso

jefe fue inmisericorde. Siendo flagelado hasta sangrar, con una varilla delgada del tan común arbusto llamado Gavetillo, dura y flexible.

Lo que sus verdugos no sabían, era que no había forma de doblegar su indomable resistencia, jamás conseguirían escarmentar en su pueblo, cualquier pretensión de seguir su ejemplo.

El cuerpo desmadejado y doliente del jefe, estaba cerca de María, una de sus mujeres, de piel bastante oscura y rasgos exóticos, reflejando la belleza de su juventud. A pesar de su avanzada edad, mostraba esa agilidad felina, que mantenía todavía en sus movimientos. Más alejada se encontraba Manuela, la segunda mujer de Pava Santo. Su tez más blanca, regordeta y bastante menor. La posición y distancia mostraba el respeto que sentía por María.

Las dos mujeres del Cacique, lloraban en silencio y en compañía de sus hijos. Estos y las dos mujeres, formaban un grupo humano que no comprendía lo que pasaba, por la sencillez de espíritu de los mayores y la poca edad de los niños.

La primera mujer del jefe, de nombre María, había sido protagonista de una hermosa historia de amor, cuando su tribu aun vivía en plena libertad en la selva. Se cuenta que durante una incursión, efectuada muy hacia el sur de donde estaban acostumbrados. Los cazadores de la tribu de Pava Santo, que no era jefe todavía, hicieron contacto con integrantes de otra tribu Sirionó, produciéndose una escaramuza.

La consecuencia de la agresión, fue adversa para el joven Chori, que sufrió una herida en el hombro izquierdo, con tan mala suerte que al querer esquivar el flechazo, se golpeo con el tranco de una Chonta, quedando inconsciente y la superioridad numérica del

enemigo, hizo que sus acompañantes emprendieron apresurada escapada para salvar sus vidas, dejando al herido a merced de los atacantes, que fue atado y llevado al campamento enemigo.

La llegada de la expedición al campamento Sirionó, llenó de tristeza a todos y en especial al jefe padre. Quien llorando desconsoladamente la pérdida sufrida de su hijo Pava Santo. Inmediatamente formó un grupo numeroso, para salir en su búsqueda. Pero cuando llegaron al lugar, sólo se encontraron con las huellas de la breve lucha, pero ninguna noticia de Pava Santo.

El grupo de Choris, recorrió los alrededores durante varios días, buscando al cautivo y desaparecido hijo del jefe, no dando algún resultado la búsqueda, pues las huellas de los componentes de la tribu rival habían desaparecido.

El regreso al campamento, fue de tristeza y se lloró varios días, pero el luto pasó poco a poco y se fueron olvidando los sucesos tristes que se habían vivido.

Los compañeros de Pava Santo, cuando desaparecieron en la espesura de la selva, hizo que los atacantes se acercaron al cuerpo caído con mucha precaución. Después de verificar que el herido estaba vivo, cortaron unos palos delgados de Piraquina y prepararon una camilla improvisada. Colocaron a Pava Santo en ella y se dirigieron hacia su campamento, no sin antes tomar la precaución de borrar sus huellas. Las borraron tan bien, que por eso no dieron con ellas los que buscaban desesperadamente a Pava Santo, hijo del jefe Chori.

La llegada de los cazadores, fue suficiente para llenar de alegría al campamento de los apresadores de Pava Santo. Los niños salieron al encuentro de los quimbaes. Vieron el cuerpo que traían y armaron tal bullicio, que todos se apegaron a ver lo que había suscitado tal euforia. Cuando llegaron al centro del caserío, Pava

Santo estaba despierto y miraba para todos lados. Sus labios no emitieron una sola palabra o quejido, observaba en todas direcciones con una soberbia digna, de los hombres poderosos y fuertes.

El jefe rival se acercó al herido, lo miró con curiosidad y luego preguntó.

¿Dónde sacando quimbae...?

El jefe de la expedición, relatando lo sucedido, dijo que habían sido agredidos a otros cazadores, por el temor a que fueran agresivos. Deplorando la mala suerte, de que hirieron al muchacho, ya que no buscaban más que asustarlos.

Muchacho...

Cómo te llamas. Pregunto el jefe de la tribu.

Jefe... Nombre Pava Santo... Hijo jefe Tigre Bravo.

No conocer, grupo de Tigre Bravo, deben venir de muy lejos, porque no hemos tenido ningún otro contacto con ustedes, comento el jefe del campamento Chori.

Pava Lira... Llamó el jefe.

Venir... Hacer cargo herido...

Cuidar bien, porque cuando sanar ir a su grupo salvo. Pasó el tiempo y el muchacho se había curado completamente. Pava Lira fue una buena enfermera. Mientras esto pasaba la hija del jefe, Pava Lira que luego se llamó María, se enamoró del gallardo y joven Chori y después de varios meses, en que pusieron a prueba su coraje y sus conocimientos sobre la selva. Pava Santo, llegó a

granjearse la simpatía de todos y cuando volvió a su tribu, se llevó con él a los de Tigre Bravo. Ambos grupos se integraron y Pava Santo fue su jefe.

LAS MUJERES DE PAVA SANTO

De vez en cuando, se escuchaba un triste lamento, brotando de lo más hondo del sentimiento de las dos sufridas mujeres, este quejido no era más que el triste lamento, de la naturaleza misma que impotente sufría, ante tanta injusticia cometida contra sus hijos.

El valeroso jefe Chori, mientras tanto mantenía la gallardía que lo caracterizaba, su figura daba la sensación de ser una estatua de granito. Esta valentía de Pava Santo, era tomada como un insulto por los carceleros de Eviato, a quienes no parecía faltarles motivo para arremeter cruelmente, contra este valiente e indefenso ser humano.

La brutal opresión tenía que terminar. Esa era la seguridad, que mantenía en su espíritu el jefe Chori, y el soporte para no caer en la fatiga y la flaqueza. Reforzada además, por la certeza del apoyo decidido que recibiría del amigo, cosa que lo hacía soñar con el día de la libertad.

Las arremetidas de los carceleros de Eviato, no minaron en absoluto la resistencia mostrada por Pava Santo, pese a que este actuar preñado de maldad, era algo incomprensible para las mentes sencillas y buenas de los Choris.

Aparte del castigo recibido, el jefe Pava Santa, tenía prohibido mantener cualquier contacto con su gente, pues mientras estaba bajo correctivo, ni a sus mujeres, ni a sus hijos les permitían visitarlo. Su alimentación, estaba a cargo de un quimbae ya bastante entrado en años, quien con la mirada, le daba señales de apoyo a esa decisión de luchar y no ceder un ápice en su propósito.

NOTICIA DEL COMPROMISO DE AYUDA

Aprovechando una noche completamente oscura, Catoira se acercó sigilosamente, hacia donde Pava Santo, llevaba varios días esperando ansiosamente, noticias de su amigo taita Julio.

Jefe Pava Santo...

Se escuchó la voz del segundo de la tribu, Catoira llamaba muy despacio, para evitar ser detectado por alguno de los guardianes. Empezó a contar los resultados de su misión.

Taita Julio... Decir Pava Santo... Poder ir San Nicolás...

Lo bueno de la noticia, iluminó el rostro del sufrido jefe, viéndosele brotar de sus ojos un extraño y raro destello, que a pesar de la oscuridad reinante fue notado por Catoira. La mirada que tenía, mostraba la firme decisión de sacar a su gente del encierro, proponiendo a su segundo e hijo, un plan que tenía cuidadosamente preparado, pero oculto para no despertar sospechas.

LA EVASIÓN

Siguiendo el plan preparado para la escapatoria, Pava Santo presentó un cambio paulatino de comportamiento, para evitar que su actitud, despertara sospechas en sus opresores. Fue sometiéndose, poco a poco a la autoridad, y la agresividad desplegada en el campamento desminuyó. Todos los acontecimientos, fueron desde ese momento normales, con el consecuente aflojamiento de la rigurosidad, que se mantenía en la vigilancia de los cautivos.

El tiempo que duró este lapso de preparación de la escapatoria, producía en Pava Santo, una ansiedad que carcomía los nervios del jefe y su hijo Catoira. No se dejó de ajustar ningún punto del plan, para evitar cualquier contratiempo durante los acontecimientos que se venían venir.

La espera se hizo larga y angustiosa...

Al fin, los cuidantes de Eviato, convencidos de haber domado al rebelde cacique, aflojaron su rigurosa vigilancia. Pava Santo fue liberado de sus cadenas y reintegrado a su gente. El segundo del profesor Adonay, espeto al jefe, espero que lo pasado te sirva de escarmiento, y no nos des más problemas de hoy en adelante.

El jefe Sirionó, una vez libre e integrado a su pueblo, aceleró el plan de fuga hacia la libertad, cuidando de sobremanera, que no se filtrara nada que hiciera peligrar lo propuesto. Con una paciencia e infinito cuidado de los que tienen apuro, se preparó todo no dejando cabos sueltos.

El tiempo transcurrió, con absoluta tranquilidad y calma. Pava Santo y su gente se mantenían alerta, esperando el momento propicio para emprender la huida. Era un lunes cualquiera, de los que pasaban dentro de la reserva, se presentía que la rutina,

vivida hasta el momento no cambiaría. Amaneció triste y gris. El cielo presentaba, una nubosidad que presagiaba un cambio brusco de clima, con las consecuencias de lluvias que se desatan por esa época.

El tiempo cambió, como a media mañana, se desató una tormenta de intensidad tal, obligando a humanos y animales a buscar refugio. El viento y el agua caían del cielo, con una fuerza que hacía difícil aventurarse fuera de las viviendas. En pocos minutos, la lluvia inundó el poblado. Para crear mayor desconcierto y desorden, truenos y rayos incurrieron profusamente, como pocas veces visto en la historia de Eviato.

La tormenta, favoreció la huida, de pronto un rayo cayó en una de las chozas alejadas, la cual empezó a arder inmediatamente. No causó víctimas humanas por encontrarse deshabitada, pero sí fue suficiente, para acentuar el estado de temor que flotaba en el ambiente. Lo que se vivía en esos momentos, era como para desalentar a cualquiera, que pensara aventurarse fuera de las viviendas. Aunque éstas, no les brindaban un refugio muy seguro, por lo precarias que eran, pero de todas maneras les servían de abrigo.

El tiempo reinante y la confusión, dentro de la reservación de Eviato, se presentaban inmejorables, para llevar adelante los planes de escapatoria.

¡Catoira!...

Se escuchó la voz del jefe Pava Santo...

Ante la voz gruesa y grave, su segundo se puso alerta y presto a recibir órdenes.

Llamar quimbae...

Emprender huida...

Todo fue movimiento desde ese instante, se dio la noticia de lo que se tenía que hacer en forma sigilosa, para evitar cualquier cosa que truncara la operación. Primero se llamó a Pato, luego a Rufino, a Matilde y a José. Así sucesivamente a todos lo quimbaes que eran cabeza de familia.

Los Choris con sus familias, se fueron reuniendo en la choza de Pava Santo, donde agrupados silenciosamente y con mucha atención, recibieron las instrucciones para el operativo. Cada familia Sirionó, compuesta por las mujeres, los hijos, los perros y algún animalejo que criaban, se preparó llevando sólo lo necesario. Se cargó, lo que podían meter dentro de sus panacuses, llevándolos en sus espaldas, en forma de rústicas mochilas tanto hombres, mujeres y niños.

Las armas que llevarían, eran las de siempre, sus arcos y sus flechas de casi dos metros de largo, algún machete viejo, que les serviría para despejar el camino en la enmarañada y tupida selva. Elementos indispensables, para subsistir dentro de la aventura que se emprendió, de ropa no llevaban más que los trapos que tenían puestos. Dejaron todo lo que no fuera necesario, sus trofeos y recuerdos de cacería y algunas cerámicas de uso diario, para evitar cualquier peso que les hiciera lenta la marcha. Algo que no dejaron, ni dejarían por nada del mundo, fue la pipa de barro y Palo Diablo que fabricaban con tanto esmero, pues para los quimbaes, era el instrumento máspreciado y tanto como sus propias vidas.

El punto de reunión y lugar de partida, fue bajo un frondoso árbol de Bibosi, cercano al campamento y estratégicamente ubicado. Desde allí, se emprendió la marcha, que por su dureza desanimaría a cualquiera, menos a nuestros amigos, por el ansia de libertad que sentían.

Los acontecimientos futuros, presagiaban momentos crueles. Si tuviera la capacidad de describirlos, nos transportaríamos a pasajes de imágenes realmente dantescas, pues la huida era a la desesperada. Sólo importaba avanzar lo más posible, alejándose del campamento para evitar que los hombres de la reserva, los alcanzaran con sus temidos perros rastreadores.

Así caminaron toda la noche, la naturaleza, comprendiendo el estado de desesperanza de los fugitivos se alió a ellos, lanzando una tormenta, mucho más fuerte que la del día anterior. Evitando con esto, que los encargados del control de los nativos en la reservación, salieran de sus más o menos confortables viviendas y descubrieran lo que pasaba.

La tarde estaba muy avanzada en aquel día gris, se descubrió la fuga de los cautivos. Entre el alboroto que se armó, se escuchaban gritos por todos lados. “Se huyeron los Choris de Pava Santo”. Repetían constantemente, mientras los cuidantes buscaban por todos lados. Adonai, parecía poseído por el demonio, su rostro de malvado mostraba deseos de matar, sentía odio en lo más profundo de su ser. Blandía entre sus manos, una poderosa escopeta calibre doce, capaz de matar hasta el mismo tigre. Todo fue confusión desde ese momento, los guardias corrían de un lado para el otro, agrediendo a quienes encontraban por delante y los Choris que quedaron, buscaban donde ocultarse para huir de la agresión.

Los guardianes de la reservación, poco a poco y no sin mucho esfuerzo, sacaron de sus pahuichis a los Sirionó, reuniéndolos en el centro del poblado a palos y empujones. No respetaron ancianos, mujeres y niños.

Al estar reunidos en el centro del caserío, esta muchedumbre humana, se veía como si se tratara de una gran masa de barro,

formada por grotescas figuras, moviéndose dentro de un baile infernal e irreal de espectros.

Los guardias, después de un riguroso chequeo de los cautivos, comprobaron que efectivamente faltaban, el gran jefe Pava Santo y su gente, más otros, que anoticiados a tiempo del éxodo, se plegaron y huyeron también.

La columna de hombres, rompía la selva dando la sensación de ser una gigantesca serpiente, que arrasando todo lo que encontraba a su paso, dejaba una senda de grandes dimensiones. Catoira, acompañado de los mejores quimbae, iba a la cabeza de la columna, rompiendo monte con su viejo machete. El jefe, con sus dos mujeres y sus numerosos hijos, caminaban en medio, para ser protegidos de cualquier agresión que pudieran sufrir.

La columna de seres humanos, no sentía las espinas, que con frecuencia se incrustaban en sus cuerpos, y se arrastraba rompiendo bejucos y arbustos que le cerraban el paso, como un grande y temible traga monte. En donde el mal tiempo, reinante durante la escapada de nuestros amigos, más la marcha forzada que se impusieron, dieron sus frutos, pues las comisiones destacadas en su búsqueda no lograron su objetivo.

Los Sirionó, arribaron a San Nicolás sanos y salvos, después de sortear todos los peligros que se presentaron, en una caminata que no reunió lo más mínimo de seguridad. La verdad, es que nada los hubiera podido detener, ni los animales feroces, ni los reptiles venenosos, ni nada de lo que hizo dura y difícil la huida.

LA LIBERTAD

El sol se encontraba en la mitad del cielo radiante, mostrando toda su majestuosidad de astro rey. Los vaqueros que habían ido al campo a reunir el ganado, y en el rodeo curar algunos animales mayores enfermos, señalar terneros y darles sal, llegaban después de cumplir su faena.

Natalio, después de desensillar su caballo, se acercó a la casa de hacienda para hablar con Don Julio, que se encontraba sentado junto a la gran mesa de cedro, que había hecho construir. Hacía cuentas.

Patrón vienen los Choris... Son una montonera...

Los hemos visto cruzando el río Cocharcas, por el puerto del trapiche. La noticia corrió cual reguero de pólvora, conmocionando a todos. Taita Julio empezó a dar órdenes a diestra y siniestra, formándose un hormiguero de hombres en movimiento, se acomodaron las cosas para recibirlos.

El Patrón, mandó dos peones a enlazar y traer a la cincha del caballo, un novillo gordo de un potrero cercano. Se lo carneó y se prepararon fogatas, para asar la carne en sus brasas. No faltaron la yuca y el plátano, acompañantes indispensables de la comida. Mama Aída, movió a las mujeres, para preparar arroz y refrescos de guarapo de miel de caña, les caerían muy bien a los visitantes, que necesariamente debían venir hambrientos y sedientos.

El marco con que la naturaleza, rodeó la llegada de los componentes de la sufrida tribu, era el de un atardecer nublado. Poco a poco, fueron apareciendo los quimbaes acompañados de sus familias, y taita Julio salió a recibirlos acompañado de mama Aída. El personal de la hacienda, se movilizó para atenderlos con solicitud y agrado, mostrando la buena voluntad que sentían al

recibirlos. La efervescencia que existía, mostraba la gran alegría que sentían de tenerlos con ellos.

El hacendado y el jefe Chori, se abrazaron con afecto mientras todos demostraban el júbilo que sentían. Luego Pava Santo y taita Julio, se alejaron del bullicio que significó el encuentro entre el bárbaro y el patrón. El jefe contaba las peripecias vividas por su tribu, dentro del proceso de integrarlos a la civilización, como erróneamente nos empeñamos en llamarlo.

El estado en que llegaron los viajeros fue lamentable, se encontraban semidesnudos, y con una marcada desnutrición en la mayoría de sus componentes, que se acentuada en los ancianos y los niños. Estos, delgados y raquíticos, mostraban los sufrimientos y privaciones, que habían soportado durante el cautiverio y el viaje de huida hacia la esperanza y la libertad.

Pasada la euforia del encuentro, volvió la calma en la hacienda. Los quimbaes, las cuñas y los quimbaicitos fueron acomodados en asientos alrededor de las fogatas, mientras los empleados servían comida y guarapo, que eran engullidos vorazmente. Sus rostros, taciturnos y tristes en la reservación, se alumbraron con la sonrisa que da la satisfacción y la seguridad de mejores días. Cambio que sólo se observa y se da con frecuencia, en los espíritus buenos y nobles que no albergan resentimientos por los daños sufridos. ¡Cuán sencillos eran estos maravillosos seres humanos!

Todo era quietud, después del momento de euforia que resultó de la llegada de los Choris. Empezó la tensa espera de los acontecimientos venideros. Pasaron varios días sin novedad. Sin noticias de las comisiones que vendrían de Eviato.

LA COMISIÓN DE EVIATO

El profesor Loayza, conocedor de la entrañable amistad que existía entre Don Julio y el cacique Pava Santo, mandó un grupo de sus fieles seguidores directamente a San Nicolás, con la consigna de retornar con los huidos a cualquier precio.

El patrón mantenía una vigilancia rigurosa. Había puesto centinelas, para no dejarse sorprender con la llegada imprevista de la gente de Eviato. Mientras esto sucedía, la tensa calma se iba transformando, en un estado de ansiedad incontrolable por parte de los quimbaes. La quietud que se observaba era superficial. Pero los días de descanso y la alimentación recibida, habían repuesto definitivamente las fuerzas de los nativos autóctonos.

Llovió toda la noche.

Amaneció con una mañana oscura y gris, presagiando que volvería a llover en cualquier momento, cosa que sucedió, dejando caer tal cantidad hasta pasado el medio día. El sol, huraño, hacía intentos de aparecer entre las espesas nubes, que habían empezado a disiparse, ayudadas por la fuerza del viento del Norte que las batía.

La comisión, comandada por Adonai, se fue acercando por la senda que venía de los chacos. Estos comprendían grandes extensiones de yuca, plátano, arroz y maíz, productos para el consumo local y para su comercialización en los pueblos cercanos, entre ellos San Javier, San Pedro y también Trinidad, capital del departamento del Beni.

Los vigías, destacados para detectar la llegada de los intrusos, dieron la alarma. Cundió el desorden entre los aborígenes, demostrando el miedo que sentían por sus carceleros. Se dispersaron por todos lados, huyendo hacia el monte cercano en

busca de seguridad. Habían olvidado la promesa del taita de defenderlos. Muchos se escondieron dentro de las viviendas de los trabajadores de la hacienda, incluso en la casa del patrón. Buscaban cualquier rincón, con tal que les sirviera de escondrijo y aun debajo de las camas. Taita Julio, después de distribuir a su peonada estratégicamente, para evitar cualquier actitud agresiva de los visitantes, esperó serena y pacientemente.

Llegaron los causantes de tal alboroto.

Mientras se acercaban hacia el patrón, que no salió a recibirlos, se vieron rodeados de personas que no les miraban con buena predisposición. Al estar en presencia de Don Julio, este les conminó a retornar a sus dominios, con el mensaje a Loayza de que los hombres de Pava Santo, no volverían a Eviato si no era por su propia voluntad, por encontrarse bajo su protección.

Ante la posición firme del señor de la hacienda, la gente de la reservación dio media vuelta y se perdió de vista. El acontecimiento, fue causa de alegría para todos. Los Sirionó empezaron a salir de sus precarios escondites, y en ese momento se inició la gran fiesta Chori, con manifestaciones relacionadas a su cultura, con bailes y un sinfín de exteriorizaciones que llenaron de colorido la ocasión.

Una vez pasado el incidente, se estableció a la tribu dentro de la selva, para que estuvieran en relación estrecha con su habitad, a un kilómetro de distancia de las viviendas. Para llegar al poblado Sirionó, era necesario cruzar una cañada que había al Norte. Para este efecto se mejoró el precario puente de troncos de madera que existía.

Los Sirionó llegaron semidesnudos. Se les proporcionó la ropa que necesitaban, para remplazar los andrajos que llevaban puestos. Se les colaboró en la construcción de sus viviendas de Motacú. Se les

enseñó a construir Chapapas de astillas de Sumuqué, para descansar y dormir.

Las Cuñas, fueron educadas en el arte de cocinar con los elementos alimenticios proporcionados en la hacienda, se les enseñó a tejer, a hacer algunos trabajos complementarios que las ayudarán a sobrevivir.

Los quimbae se integraron al trabajo, ayudando a él, siempre que estuvieran dispuestos, cosa que no era limitante, para recibir la colaboración de la hacienda, en todo cuanto cubriera sus necesidades.

TERCERA PARTE

MI HOGAR

Mi niñez transcurrió dentro de un ambiente sencillo, rodeado de esta gente buena. Los recuerdos que mantengo y voy a contar, son vagos y confusos, pero a pesar del tiempo transcurrido, guardo algunos que me conmueven profundamente.

Trataré de describir los acontecimientos pasados en esa época feliz, lo haré con la mayor fidelidad y apegándome lo más posible a la realidad vivida. Los que lean esta historia, podrán encontrar en ella la ayuda necesaria, para revivir muchas realidades infantiles propias.

Al ser contador de la historia y todo ser humano, tengo fuerzas y flaquezas, de ahí que no pretenda en absoluto ser ejemplo para nadie. Lo que sí quiero mediante esta entrega, es dar gracias a Dios por la oportunidad que se me dio, de conocer a estos primitivos amigos míos. Los que con humildad y la cordialidad, que sólo ellos saben dar, rodearon de felicidad completa mis años infantiles y parte de mi juventud. Ellos contribuyeron con su ejemplo de vida y enseñanzas, a fortalecer lo recibido de mis padres. Su vida selvática y natural, me llevó a un entendimiento pleno de lo que es la bondad de la naturaleza y consecuentemente, a conocer la solidez moral, de estos nobles y sencillos hermanos nuestros.

Papá y Mamá, dos personas extremadamente trabajadoras y sacrificadas, llevaron una vida sencilla y digna, viviendo casi toda ella en las selvas amazónicas, a las que durante largos años de duro batallar, fueron quitándole palmo a palmo su agresividad e influencia. Así fue, la transformación de esa zona, en un hermoso paraíso, basado en un real equilibrio, existiendo un hermoso jardín natural, dentro del cual conviven lo selvático con lo civilizado en perfecto orden y armonía.

Mi padre Julio, hombre de ciudad, en donde pasó la mayor parte

de su vida, se fue a trabajar, descubrir y conquistar la selva. Se adaptó tan bien a su nueva condición de vida, transformándose en uno más, de los seres que equilibradamente conviven con ella. Esa gallardía de hombre de bien de mi padre, quedó gravada en mi memoria. Tenía el andar ágil y firme de los fuertes, una mirada penetrante pero bondadosa. Manejaba a sus trabajadores y aborígenes, con voz grave y ruda, que en absoluto reflejaba dureza, siendo por ello muy querido por todos. Era llamado cariñosamente Taita Julio.

Nos daba a mis hermanos y a mí, un amor que se traducía en un cariño bondadoso, poco demostrativo pero real. ¡Cuán orgulloso me siento de ser su hijo!, no recuerdo haberle visto complejo alguno. No se corría de ningún trabajo. Muy seguro de sí mismo y gran amigo. No perdió nunca la fe en el hombre.

Cuentan que en su juventud, en su pueblo natal Santa Cruz de la sierra, una vez, había comprado una bolsa de cemento para llevar a la casa materna, uno de los amigos que circunstancialmente se encontró con él, le dijo: Julio, a que no te animas a cargar la bolsa sobre tus espaldas, y la llevas por la diagonal de la plaza.

Mi padre contestó que no tenía por que no hacerlo, pues una persona, no deja de ser la misma por este hecho, ya que el trabajo por más humilde que sea, no envilece y por el contrario eleva y enaltece. Te apuesto para que te sirve de lección y te cueste algo, una velada en el Club Social 24 de Septiembre con todos estos amigos, a que lo hago y no una sola vez sino mil.

Julio, conocido por su exquisitez social enganchó al amigo, el cual aceptó quizás, más que por la apuesta en sí, por lo agradable que sería la reunión propuesta. Concretado todo y sin que medie palabra, alzó la bolsa de los pies de un peón que la llevaba. Con ella raudamente, cruzó la plaza dejándola en la entrada del club, acto

seguido entraron todos, pasando momentos gratos a costilla del apostador.

Mi padre, tenía un sentido real y efectivo de lo que era la hospitalidad, cosa que le hizo acoger, dar techo y alimento a todo el que tuvo la suerte de llegar a nuestro hogar, no solo los recibía y atendía a cuerpo de rey, sino que llenaba sus alforjas cuando seguían su camino.

Los hechos y ejemplos de mi progenitor, templaron en mí y mis hermanos, el genuino y orgulloso deseo de parecernos a él, de prestar ayuda a los demás, dentro de nuestras posibilidades y tratar de ser elementos útiles a la sociedad.

La felicidad no es eterna, duró poco adentro de nuestro hogar.

Tuvimos la desgracia de perderlo a muy temprana edad, pero el ejemplo que dejó, creó en mí un espíritu amiguelero y leal, el cual con los altibajos de un ser normal, he tratado de llevarlo adelante en todos los actos de mi vida. Siempre me sentí orgulloso de mi padre, fortaleciendo este orgullo por el testimonio de muchos, pues con toda persona que hablaba sobre él, siempre vertían conceptos que demostraban el afecto y respeto que había despertado. ¡Cuanta falta nos hizo!

Mi madre Aída, es hija de padres ricos, pero nunca hicieron jactancia y alarde de ello. Educaron a sus hijos dentro de la sencillez y el amor a Dios. Fue la compañera fiel de mi padre, a quien acompañó y colaboró en forma muy eficaz, en la formación de una de las bellas haciendas de la amazonía boliviana.

Mientras vivía mi padre, se encontraba sujeta a la voluntad del marido. De un férreo carácter. Con un espíritu de trabajo y sacrificio, como no se encuentran muchos en este mundo. Pertenece a ese tipo de mujeres pioneras, contribuyendo en forma

anónima, en llevar la civilización a esos ignotos y lejanos parajes amazónicos.

Siempre me sentí y me sentiré orgulloso de mi hogar, el cual estaba construido en base a normas de honestidad y respeto mutuo. Se inspiraba un aire de equilibrada serenidad.

MI FIEL AMIGO BOBBY

A mis escasos cinco años, me aventuraba por el campo e incluso por la selva aledaña a la casa de hacienda, cuando me dirigía solo hacia el campamento de mis amigos Sirionó. Mis padres, no con cierto recelo, me dejaban ir con mi fiel compañero, mi hermoso perro Bobby, mestizo de Pastor Alemán y Doberman.

¡Como recuerdo al más fiel amigo y compañero de mi niñez!

Bobby era un hermoso perro Pastor Alemán, mestizo con raza Doberman. Tenía el pelaje leonado y un tamaño envidiable. De una inteligencia única. Este amigo mío, andaba tras de mi como si fuera mi sombra, dispuesto a defenderme de cualquier peligro que me acechara, dando su vida por la mía sin dudar un momento.

BOBBY Y EL CIERVO

Recuerdo la vez que llegó a la casa de hacienda trayendo un ciervo, al que acosaba constantemente, dirigiéndolo inteligentemente hacia el destino propuesto.

Tenía por costumbre salir solo al campo, en especial, a unos terrenos curichosos cercanos a la casa de hacienda, con muchos animales silvestres, entre ellos unas hermosas y ágiles gacelas, que se llaman gamas y están casi extinguidos en la actualidad. De este lugar sacó al ciervo y lo persiguió sañudamente, no dejándolo en ningún momento. El pobre animal, ante el acoso y buscando huir de la persecución, hizo un rodeo que lo llevó sin darse cuenta de las intenciones de Bobby, hacia la casa de los patrones.

Mientras el ciervo huía, fue dirigido por el perro hacia la cañada, que separa el curiche y la selva de las viviendas. Cuando el pobre animal se vio frente a ella, se lanzó desesperadamente al agua, buscando que frenara la furiosa acometida de tan soberbio mastín.

Bobby no dudó un instante, se lanzó a la cañada, sorteando a nado todo peligro que se le presentó, nado que tanto para el ciervo como a para él, representaba un peligro inminente, por la cantidad incalculable de caimanes que existían dentro de ella en ese entonces.

Después de salir indemnes en la orilla opuesta, el ciervo cansado y con el terror dibujado en sus ojos, optó por meterse debajo de la banqueta, en la galería del alero poniente de la vivienda. Allí quedó el pobre animal, quieto, acezando y con el terror reflejado en sus ojos, totalmente agazapado y entregado a la muerte segura, que sería definitivamente el trágico desenlace.

El bullicio que se sintió, a consecuencia de este acontecimiento, llamó la atención de todos los que en ese momento se encontraban

trabajando cerca. El capataz, Agripino, que no se hallaba lejos, se acercó hacia donde se desarrollaba el drama, diligentemente maniató al pobre ciervo y se dispuso de inmediato a degollarlo.

¡Agripino!...

Se escuchó, la voz grave de mi padre, la cual pareció un trueno que dejó inmóvil por un momento al capataz. No lo mates. Prefiero verlo mirarme, soberbiamente dentro de su ambiente, seguro de su agilidad y velocidad. Esto salvó la vida del ciervo, que fue liberado de sus ataduras y soltado. No fue molestado por Bobby en su retorno al bajío, pues se quedó parado y quieto al lado de mi padre, lamiéndole la mano, tal si comprendiera sus sentimientos e incluso que los compartiera.

MIS CORRETEOS CON BOBBY

Algo que llenaba de alegría mis entretenimientos infantiles, y lo hacía con mucha frecuencia, era verlo lanzarse a corretear por la orilla de la cañada, molestando a toda ave que encontraba a su paso como cuajos, garzas, patos y otros.

Cuando se topaba, con capiguaras las perseguía sañudamente hasta dentro del agua, jugueteando con ellas. Las buscaba debajo del agua, cuando se zambullían hasta encontrarlas. Luego, después de cansarse de jugar, se dirigía a la casa y se metía debajo de la banqueta, en donde descansaba y dormía plácidamente, largando de vez en cuando un ronquido de complacencia.

Mi amigo Bobby, demostraba su fuerza y destreza de la que era poseedor, en las vaqueas de los ganados de la hacienda. En el arreo del ganado, desde el rodeo hasta el corral, se constituía en el terror de las vacas y terneros que no intentaban apartarse del hato, pues con sus mandíbulas poderosas, agarraba por el hocico a vacas y toros inclusive, obligándolos a volver.

Los terneros eran agarrados por la cola y los tumbaba. Hacia mis delicias infantiles, ver su impresionante fuerza, su prestancia y la soberbia que se gastaba, sólo igualable por algún poderoso tigre macho, y después de cada hazaña que traía a la rebelde res al grupo, se retiraba detrás del arreo, como si no le diera importancia a lo realizado.

BOBBY Y MI PARAISO AMAZÓNICO

Como los años pasan, crecí y tuve que salir de este mi hermoso paraíso selvático, para iniciar mi integración a la civilización y llevar mis estudios en la ciudad. La tristeza, se apoderó de mi corazón de niño, cosa que creo fue compartida, por mi entrañable amigo Bobby. Mi perro guardián, pues teníamos el presentimiento, que la separación a que estábamos sometidos sería larga y quizás definitiva.

Cuando emprendí el viaje hacia la ciudad de Trinidad, vi a Bobby atado a un horcón de la casa, lloraba y aullaba inquieto, intentado romper con sus fuertes dientes y colmillos, la gruesa cadena que lo tenía sujeto y lo separaba de su amigo. Lloré mucho por esta separación.

Cómo recuerdo y todavía añoro, a este hermoso amigo de mis correrías de niño, el cual me acompañaba a todos lados como un celoso ángel guardián. Con él recorríamos los pastizales y pampas aledañas, no dejando en su sitio y sin molestar a zorros, perdices y cualquier animalejo que se cruzara en nuestro camino. Constituyendo esos momentos, la mejor de las fiestas para mis fantasías infantiles.

Cuentan que después de mi partida, Bobby deambulaba como sonámbulo por toda la casa y sus alrededores, buscándome noche a noche. Se quejaba con un aullido lastimero, que laceraba el alma de quienes lo escuchaban, todo esto buscando y llamando a su perdido amigo. Así pasaron varios días. Bobby no comía y se perdía por los parajes, donde habíamos vivido los momentos más felices que recuerdo. Dicen que una noche no volvió. No se supo la suerte que corrió.

Después de una ausencia que duró un año, llegué a San Nicolás haciendo uso de mis primeras vacaciones. ¡Como deseaba ver y

estar nuevamente al lado de ese entrañable amigo! Miraba, escudriñando con desesperación y ansiedad de niño, los lugares que podía alcanzar con mi vista, esperando en cualquier momento ver aparecer a Bobby. Lo buscaba por todas partes.

Recuerdo que cuando no apareció y me enteré de la suerte corrida por mi amigo, fue el día más triste y gris de mi vida de niño. No lo encontré. Lloraba y no importaba nada de lo que pasaba al alrededor mío, sólo pensaba en la falta de Bobby.

El sol de media tarde brillaba intensamente cuando llegué a mi casa. Agredía con toda su intensidad, quemando con la fuerza de octubre a todo lo que se atreviera a desafiarlo. No sentí nada y me escondí a llorar a mi desaparecido amigo. No me contaron lo ocurrido con Bobby, mientras me encontraba estudiando lejos de mi paraíso selvático, para evitarme sufrimientos. Todavía, a pesar del tiempo transcurrido lo llevo en mi corazón y en mi recuerdo.

CUARTA PARTE

LA AMAZONÍA MOJEÑA

San Nicolás, se llama la hacienda en que transcurrió mi niñez y mi juventud. Ésta hermosa hacienda, se encuentra enclavada en medio de una pequeña selva, separada de la masa mayor, por una extensa pampa de verde pastizales.

La casa de los patrones, es grande y con todas la comodidades necesarias para hacer la estadía placentera. Cuenta con dos plantas, la baja está relacionada con todo el quehacer social y la parte alta, se la utiliza para los dormitorios. Está rodeada de galerías, en las que se reposa por las tardes calientes, en las hamacas guarayas.

Las galerías, defienden la estructura del edificio de las inclemencias del tiempo, principalmente en las torrenciales lluvias que azotan en el verano.

Al lado poniente de la vivienda, a unos ciento cincuenta metros se encuentra una loma artificial, sobresaliendo de las pampas y la selva aledaña, por su altura y majestuosidad. La altura es de más de quince metros, contando con una superficie de veinte hectáreas aproximadamente. Dentro de la loma, sobresalen tres pronunciamientos y cúspides, dándole una especial conformación de pirámides bien definidas.

Se cuenta muchas leyendas sobre su existencia y construcción, la más reciente es la que da su autoría, y construcción a los jesuitas durante la colonización española. Esta posibilidad no tiene bases sólidas, históricas ni científicas, pues una obra de tal magnitud y envergadura, no pudo ser llevada adelante, por la pequeña cantidad de personas que poblaban el lugar en ese entonces.

Se ha ido transmitiendo, de boca en boca y durante varios siglos, la creencia de que dentro de su estructura, se encuentran escondidos

y enterrados dos tesoros de gran valor, tanto artísticos, monetarios y arqueológicos perteneciente a una civilización precolombina.

Cuenta la leyenda, que el primero y más importante tesoro, es una campana de oro de grandes proporciones, enterrada en la pirámide que da al naciente, con ella los jesuitas llamaban a la población aborígen al culto religioso. El segundo tesoro, consiste en un Tapacaré de oro. Este animal, representaba el signo del poder que detentaba el jefe de la tribu. Se encuentra enterrado y oculto en algún lugar de la pirámide del medio, y la más alta de todas.

Las leyendas reales o no, durante muchos años, han atraído un sinnúmero de aventureros, buscando los tesoros sin suerte alguna, pues por más que los han buscado permanentemente, solamente han encontrado en las horas del crepúsculo al cuidante de éstos. Un cura encapuchado, que se les aparece de repente, creando situaciones de espanto. Consiguientemente llevándolos, a desistir de los propósitos que los indujeron dirigirse a la loma.

Todavía, después de muchos años, cuentan algunos empleados de la hacienda, que cuando van a la loma a cosechar alguna fruta o plátanos se encuentran con el cura. Lo contado coincide, con lo afirmado por los muchos aventureros, que han buscado los tesoros de San Nicolás sin éxito, dejando sólo huellas que todavía mantienen, vestigios de las grandes excavaciones hechas.

Lo real y definitivo, es que las lomas fueron hechas, por una gran civilización que pobló las sabanas benianas. Esta, muy antigua y numerosa, mantenía un grado de desarrollo expectante, en el conocimiento de las aguas, pues las muestras que existen dan certeza de ello.

La población que vivió en las llanuras de Mojos, fue realmente numerosa y en especial la de San Nicolás; ya que tuvieron que

mover grandes volúmenes de tierra, para confeccionar la inmensa loma. Además de sus terraplenes que la unen a otras menores, entre ellas, las lomas de La Punta y Papayo al oeste, la loma del Chocolatal al Norte, la loma de Melcho Cachimbo al Sur y la loma de Trampolín al Este.

La selva y las pampas, en la mayor parte de esta zona de la amazonía es plana y baja, haciéndola permanecer anegada y cubierta de agua en épocas de lluvias, siendo difícil, si no imposible el asentamiento humano.

Si analizamos detenidamente, esta lomas y majestuosos monumentos del ingenio humano, llegamos a la conclusión que fueron construidas, por una civilización mucho anterior a Colón, utilizándolas para asentar en ellas sus poblados, algunos centros de cultivos y cementerios. Aseveramos esto, pues vemos que dentro de la distribución y tamaño de éstas y las otras lomas de su influencia. La loma de San Nicolás es la de mayor superficie y envergadura, corroborando y fortaleciendo la teoría, de que albergó la población central y de mayor importancia.

Las lomas que existen en la zona son artificiales, encontrándose unidas entre sí por terraplenes. Existen vestigios de ellos todavía. En las diferentes lomas, se encuentran variedades de piezas arqueológicas, compuestas por artefactos de cerámica, entre ellos platos, ollas, muñecas, husos y copias de animales, frutas del lugar y hachas.

Lo interesante, es que existen varias otras lomas, a una distancia de dos a tres mil metros, a distintos lados de la de San Nicolás. Estas llamadas actualmente la loma de La Punta y la loma de Trampolín, guardan grandes cantidades de tiestos rotos de todo tipo, así como también vestigios de grandes cántaros o tinajas que tenían varios usos.

Se han encontrado, urnas necrológicas en estas dos lomas, sirviendo para enterrar a sus muertos. No se encontraron estos tinajones conteniendo huesos humanos en la loma de San Nicolás, pues en tanto tiempo que se la ha utilizado, no se los han descubiertos, lo que nos hace presumir que en las lomas de La Punta y Trampolín, es donde se encontraban los cementerios y enterraban a sus muertos.

Bordeando la loma San Nicolás, tenemos una excavación, mostrando el lugar de donde extrajeron y transportaron la tierra necesaria para su construcción. Las excavaciones, continúan con una cañada poco profunda, que en la actualidad se encuentra a solo cincuenta metros de la casa principal de la hacienda. Este canal como resultado de las excavaciones, recibe el nombre de “la Cañada” y se encuentra todavía con parte de selva aledaña, formando un paraíso natural, porque en ella conviven lo salvaje con lo civilizado.

La orilla Norte de la Cañada, cuenta con una vegetación selvática intacta, con árboles gigantescos de donde cuelgan gruesos bejucos, que cuando florecen, dan un colorido y esplendor especial a este hermoso lugar. Conviven en él, diversos tipos de palmeras y arbustos, además de los bellos Patujú pequeños y gigantes, de una flor exótica y bella.

Entre la fauna de este pequeño paraíso tropical, encontramos una gran variedad de animales poblando este mundo ecológico. Conviven entre sí, sin importarles la cercana presencia humana, con la sensación de un equilibrio, que sólo se vio dentro del huerto bíblico del Edén, en el paraíso terrenal.

Los animales viven aquí, en perfecto equilibrio y entre ellos tenemos, desde el hermoso Tapir o Anta hasta la Capiguara o Carpincho, el Jochi Pintado y el Colorado, garzas de todo tipo y colores, cigüeñas como el Bato Coto Colorado, el Cabeza Seca,

pavas diversas, Pava Serene, patos, caimanes, la enorme Sicuri. Así también la venenosa y pequeña yoperobobo, sin olvidarnos de la no tan perezosa tortuga de río llamada Galápago.

Que feliz fui en esos años. Cuanto añoro vivir nuevamente, en la inocencia y la relación estrecha con la naturaleza. Ahora que la vida humana se ha complicado tanto, primando en la sociedad, la maldad del dinero fácil, envolviéndonos en una lucha desleal y totalmente opuesta a la lucha en la jungla.

LA MORDIDA DEL LAGARTO A MI HERMANO MARIO

Cuando me ausente de mi paraíso amazónico, fui llevado a la ciudad para iniciar mis estudios, rompiéndose algo muy íntimo dentro de mi corazón. El viaje coincidió, con el accidente sufrido por mi hermano mayor. Mario, que fue mordido en la pierna por un lagarto o caimán enano, siendo necesario y urgente buscar ayuda médica en la ciudad.

El accidente se perpetro, mientras un grupo numeroso de muchachos, nadábamos en las tranquilas aguas de una posa aledaña a la cañada. Mario y yo, hacíamos competencia de natación con los hijos de los empleados, y algunos quimbaicitos que jugaban con nosotros. Mi hermano los ganaba a todos, era un hábil nadador.

Después de varias competencias, tuvo la mala suerte, de al pisar tierra en el lado opuesto a donde estábamos. Topó con un lagarto, o Cocodrilo Enano, muy común en los ríos amazónicos. No agresivo por naturaleza y poco peligroso, el cual al sentir el golpe que resultó del encuentro con Mario, lo mordió en el muslo, con tanta suerte que no le arrancó parte del mismo.

El bullicio desesperado que resultó, atrajo la atención de varios peones. Mientras el herido era trasladado hacia la casa, avisaron a mi madre. Cuenta mamá que con la noticia y sin conocer la magnitud de la desgracia, reaccionó con ansiedad, proponiéndose castigarnos por la desobediencia, a la prohibición de bañarnos en las posas o en la cañada. Este propósito se derrumbó. Salió a flote la desesperación de la madre que ve a su hijo en peligro. Ello duró muy poco. Reaccionó con esa valentía y fortaleza que la caracterizaba, para con suficiente serenidad y temple, proceder a curarlo como si lo hubiera hecho el mejor cirujano.

Cosió la parte agredida, uniendo el músculo semi amputado al resto del muslo y desinfectó la herida. El cuidado amoroso de la madre, dio tal resultado, sanando mi hermano completamente, pese a las adversas condiciones en que se encontraba.

El viaje hacia la civilización fue duro. Esa noche Mario no durmió, al igual que mi madre y su alzadora mama Jesús, que velaban su sueño y dolor. Papá, hizo preparar con urgencia dos carretones, para trasladarnos hacia Trinidad y llevar en ellos, lo necesario hacia el buen éxito de la larga travesía.

Amaneció con un sol radiante, el tiempo se solidarizó con el estado de apuro y desesperación existente. Eran las ocho de la mañana. Ya todos habían tomado desayuno. Los carros entoldados, se encontraban unidos a tres yuntas de gigantescos bueyes. Se emprendió, la odisea que significaba el camino a Trinidad. Los vivientes de San Nicolás, mezclados entre peones y Choris, nos despedían con las manos en alto. Sé que algunas lágrimas, corrían por los rasgados ojos de mis entrañables amigos los quimbae. Seguramente presentían que la separación sería larga.

Los bueyes emprendieron la marcha ante la voz de los carreteros, el Jía y el Usa era constante, acompañado con el característico sonido de los chicotes. Se inició el viaje con la música del eje de los carretones, dando la sensación, de ser una orquesta de fondo que tocaba sonos cadenciosos, ante tan emotiva despedida, o entonando un canto al esfuerzo de estos bellos animales, que con sus poderosos músculos, hacían avanzar entre agua y barro las moles de madera que arrastraban.

El primer obstáculo que encontramos y tuvimos que sortear, fue el arroyo San Nicolás, distante de las casas de hacienda unos cinco kilómetros. Al acercarnos al arroyo, se fueron notando las aguas que mansamente corrían de Norte a Sur. Este arroyo tenía aguas profundas, de entre tres a cuatro metros negras y mansas. Las

orillas se encontraban completamente bajo las aguas, pues una lluvia de días atrás, lo había hecho rebalsar.

Una vez acomodados en el lugar de largada y cruce, se liberaron dos yuntas, de las tres que tiraban los carretones y se las cruzó a nado. Los carretones, fueron descargados directamente hacia dos canoas, que se encontraban en el puerto para uso de los pasajeros. Encima del carretón, que se hundió, dejando ver solamente la mitad de las ruedas, iba un peón animando y dirigiendo los bueyes, que con mucho esfuerzo tiraban hacia delante.

En la canoa más grande, fuimos subidos para cruzar a la otra orilla del arroyo. Los bueyes y los caballos, nadaban cerca de nosotros y eran mangueados por varios peones que nadaban a sus costados.

El espectáculo, resultante de todo esto me tenía embelesado, ya que, el inusitado movimiento que se creó a nuestro alrededor, daba la sensación de encontrarnos dentro de un extraño baile, movido al son de la música, que brotaba de las profundidades del río y de los gritos de los hombres que animaban a los animales.

La canoa en que cruzábamos el arroyo, de más de ciento cincuenta metros de ancho, surcaba majestuosa las aguas, levantando unas pequeñas olas a su paso. De pronto aparecieron a nuestro costado, un par de buefos o delfines de agua dulce, con sus piruetas que hacían las delicias de quienes los observábamos. De entre las olas, hechas por la canoa a su paso, de vez en cuando saltaban algunas sardinas que caían dentro. Yo las retornaba al agua nuevamente.

El viaje siguió su destino.

Fueron pasando los días. Se sortearon montes majestuosos, llenos de animales de todo tipo, en donde vimos a la pavita Lira muy semejante al Pavo Real, pero diez o veinte veces más pequeña. La brillante Aurora, con colores espejeantes que van desde el azul en

la espalda, a un rojo encendido en el pecho, los burgos y piaras de colores variados, conformando un bello conjunto.

Pasamos ríos profundos, como el Mocoví y el Matiquipiri, de aguas negras pobladas de pirañas y reptiles. Los caimanes nos miraban pasar asoleándose en las orillas, sin darnos mayor importancia y como soberbios perdonavidas. Atravesamos pampas con pastizales verdes y tiernos, en donde se cantoneaban hermosas gacelas y esbeltos ciervos, no faltando la gran ave llamada Piyo. En las noches se escuchaba, cercano al campamento, el aullido del Borocho o Lobo Americano en extinción, cosa que hacía despertar al centinela que cuidaba nuestro sueño.

El horizonte se veía adornado por lindísimas palmeras, sobresaliendo por su altura y esbeltez, dando majestuosidad a los tantos amaneceres y atardeceres que pasamos en el viaje.

QUINTA PARTE

LOS CHORIS

Cuanto añoro, a mis grandes amigos los Choris, llamados despectivamente así por los mestizos y carayanas, quienes equivocadamente se creen mejores que los sirionó. Estos tenían su aldea enclavada en plena selva, a unos escasos mil metros adentro. Para llegar, se tenía que cruzar la cañada. Los animales que se encontraban no temían al hombre, ni se molestaban a su paso. Existía un precario puente de madera rolliza, de una sola viga, por él cruzaban ágilmente los quimbae y graciosamente las cuñas.

Recuerdo que, la mayor parte de mi tiempo de niño, lo pasé con los Choris, así como jugueteando con los monos que tenían domesticados, también con los niños de la tribu. Vivía feliz, con las costumbres sencillas y la forma de comportamiento de los Sirionó, en especial por el cariño que afianzaban en el trato que me dispensaban.

Las relaciones entre sus componentes, denotaban que existía un equilibrio real y un respeto mutuo entre los Choris. Nunca note atisbo alguno de malicia, sino una perfecta adaptación a la naturaleza. Cosa que peligraba desquiciarse, por la influencia negativa de las costumbres traídas por la civilización. Deambulaba de choza en choza, meciéndome en sus hamacas tejidas, de la fibra que sacaban de la corteza de un árbol llamado Ambaibo. Planta arbórea muy común en aquellos parajes selváticos, de una fruta dulce que sirve de alimento a pavas y mutunes, los que a su vez son la fuente alimenticia principal de estos aborígenes.

En su alimentación diaria, además de lo que se les proveía de la despensa de la hacienda, tenían siempre en sus panacuses carne de Puerco Taitetú o Pecarí, Puerco de Tropa, Jochi Pintado y Jochi Colorado.

Mis padres me mandaban a recoger del campamento Chori, pues

vivía más con ellos que con los míos. Catoira, Pato, Rufino y otros estaban siempre a mi lado, enseñándome los secretos de la selva. Estudiando y comprendiendo sus señales para sobrevivir en ella, ya que cuando se la comprende, se transforma en un paraíso único de equilibrio y bondad, dándonos con generosidad admirable todo lo necesario para vivir y desarrollarnos.

MIS AVENTURAS POR LA SELVA

Las aventuras en la selva y en especial la cacería, son experiencias inolvidables para los que tienen la suerte de vivirlas.

Un domingo, me levanté muy temprano. El sol asomaba tímidamente por el horizonte. Su salida, daba un color tinte rojizo pálido al cielo. Esto y la brisa fresca, presagiaba que tendría un día especial para la caería, con alguna experiencia inolvidable. Nos encontrábamos, en uno de esos bellos días de nuestra primavera, con árboles y bejucos, en especial el majestuoso y común Tajibo con sus flores de color lila, morado, blanco y amarillo en deferentes tonos.

A eso de las ocho de la mañana, los quimbae me esperaban acomodados en dos canoas. Reían y cuchicheaban con su característico sentido del humor, demostraban el estado de ánimo festivo, que significaba para ellos salir de cacería.

Viajaríamos en dos grupos, uno de los cuales sería comandado por mí, como forma de honrarme y demostrarme el cariño que sentían y el otro por el jefe Catoira. Como alimento, llevábamos solamente unas cajas de empanizado, tablillas hechas de caña y fabricados por las cuñas, que servirían para saciar nuestra hambre.

El punto de partida fue la cañada, en el puerto frente a la casa de hacienda, bajo un frondoso árbol de Jorori, el cual por sus frutas se llena de pavas campanillas, que vienen desde el monte en busca de comida. Poco después, salimos a una pampa anegada en esa época del año. En tiempo seco, sirve para el pastoreo de los ganados de la hacienda, parecía un mar. Se veían apenas, las puntas de algunas matas de pasto, que habían resistido el avance incontenible del agua. Algunas olas no muy grandes, nos mecían suave y permanentemente.

A lo lejos se divisaban algunas vacas, con el agua casi lavándoles el lomo, comían tranquilamente el pasto jugoso que flotaba, de la cañuela morada que empezaba a crecer abundantemente. A fuerza de remo en las partes más profundas, y singa en las más pandas fuimos avanzando hacia el río, en donde se divisaba el monte que lo rodea en toda su extensión. Por fin, cuando enfilamos hacia un pequeño arroyuelo y tomamos su curso, llegamos a destino y desde allí, emprendimos la aventura navegando río arriba.

Mientras avanzábamos, surcando la corriente del río, me deleitaba mirando los diferentes animales, que pueblan las orillas de los ríos amazónicos, tales como garzas, pavas, patos, tapacareses y el bello y movedizo Martín Pescador, que desde las ramas de los árboles, se lanzaba en picada y rompía la corriente de las aguas para sacar su alimento.

Se veían cantidades inmensas de pato cuervos, sumergiéndose a nuestro paso, cuando estaban nadando dentro de las aguas del río y se lanzaban a éstas, cuando descansaban y se secaban encaramados en algún árbol seco. Capiguaras y caimanes, que se asoleaban tranquilamente en la orilla, y se metían rápidamente al agua a nuestro paso.

Habían pasado no más de quince minutos que navegábamos; se pegaron a las canoas, los graciosos y ágiles acompañantes de nuestros ríos amazónicos. Los bufeos, con sus permanentes movimientos, hacían todo tipo de piruetas, llevándonos a un mundo fantástico pero real, en donde lo maravilloso del momento, me transformaba en el protagonista indiscutible de una historia de la selva, como la de Tarzán.

Mientras mi imaginación, vagaba y me sumía en un sueño de grandes aventuras, escuché el grito con el que Catoira anunciaba, que habíamos llegado al lugar de la cacería. Las canoas, dirigieron sus puntiagudas trompas hacia la orilla del río. Desperté de mi

sueño, cuando la canoa golpeó contra la raíz de un árbol gigantesco de Cedro, que estaba semi sumergida en el agua. La realidad, golpeó con toda la dureza, por mi ingreso a la aventura de la cacería, un sudor frío empezó a brotar de mi cuerpo y a empapar mi camisa. Esta reacción era lógica, por el nerviosismo que me envolvía, al saber que podría enfrentarme a varios peligros.

Se inició una bella y a la vez aterradora experiencia. Se ataron las embarcaciones en las raíces del árbol, sobresalientes en la barranca y donde habíamos encallado, luego emprendimos inmediatamente el viaje a través de la espesura en busca de la presa. Los gigantes árboles de la selva, creaban a esa hora de la mañana un manto de sombras bajo sus ramas. Apenas dejaban pasar los rayos del sol, creando una sensación nueva, en los que por primera vez nos internábamos y aventurábamos en ella.

MI PRIMER ENCUENTRO CON LOS PUERCOS DE TROPA

El puerco de tropa, es una especie de Jabalí sudamericano y se tejen infinidad de leyendas sobre él. La fiereza, con que defienden su tropa y a sus hijos es muy mentada. Una de las leyendas dice, cuando los puercos huelen al hombre y los perros que lo acompañan, enloquecen y arremeten contra ellos.

La manada al arremeter contra el enemigo, lo único que salva es ponerse a buen recaudo, subiéndose a un árbol lo suficientemente robusto, para aguantar la arremetida de esta horda salvaje de más de trescientos animales, que enfurecidos y sedientos de sangre, con ojos inyectados y enrojecidos de cólera, con la boca espumeante, dan una imagen de terror, agrandada por sus afilados colmillos, que de una sola dentellada destrozan a cualquiera.

Me tan encontraba impresionado, por lo que veía y por los cuentos que había escuchado. Emocionado y con el corazón palpitándome a un ritmo acelerado, ingresamos rápidamente selva adentro. Conforme avanzaba la expedición, los tejones, monos y ardillas se apartaban a prudente distancia, como intuyendo que no se les buscaba y que no sufrirían daño alguno. Miraban curiosos y sin miedo.

Los quimbae, con sus tradicionales flechas de flor de Chuchío, con puntas de chonta o de tacuara, de más de dos metros de largo cada una, con las plumas de mutunes y parabas que tenían en la base, les daba un colorido y majestuosidad impresionantes. El arco de chonta era del mismo largo que las flechas, de tal robustez que para mí era imposible usarlo, me admiraba la fuerza de mis amigos, cuando lo tesaban y más aún la precisión con que lanzaban sus flechas.

Caminamos un tiempo bastante largo, abriéndonos paso entre los bejucos y las hojas de chonta con sus ponzoñosas espinas, como planta y palmera común y abundante en la selva. De pronto, el gran cacique Catoira, hizo señas para que nos detengamos y guardemos silencio. Quedamos quietos como estatuas. Me llamó y dijo, escucha.

Puerco cerca...

Intente oír algo, aguzando al máximo mis sentidos, fue inútil, no escuché nada. Miré alrededor y note en los ojos de Rufino, un brillo divertido, ante el nerviosismo que mostraba por mi falta de experiencia. Los quimbae se dispersaron por todos lados, avanzando hacia los ruidos que se escuchaban más fuertes. De pronto, se armó un tremendo bullicio, escuchamos ruidos de cuerpos que huían, ramas secas al romperse, chillidos de puercos y el característico roce de las hojas y bejucos sobre sus cuerpos. No logré ver nada. Quedé desconcertado y aterrorizado, ante el entrecocar de dientes y colmillos. Me vino a la memoria lo escuchado y con mucho susto, busqué instintivamente un árbol donde subirme.

Pasado el desorden que acarreó el encuentro con la tropa, invadió el lugar un profundo silencio. La inquietud y el miedo que sentía me llenaron de terror, quedándome quieto, agarrando con todas mis fuerzas las armas que llevaba, con la decidida actitud de defender mi vida a cualquier precio, ya tenía catorce años de edad.

Pasado el mediodía, los quimbae aparecieron. Primero lo hizo Rufino, delgado, alto, de ojos rasgados y muy achinados, de una expresión de hombre bueno y humilde. Se rió divertido, al ver el estado en que me encontraba.

No miedo...

No peligro, después huir puercos, me dijo y esto me tranquilizó. Una vez reunidos los cazadores, retornamos a las canoas y emprendimos el regreso a central de la hacienda. Se veía en los rostros de los cazadores, la desilusión por la experiencia negativa sufrida, en el resultado de la incursión al monte.

Después de un rato de profundo silencio, Matilde contó de cómo los puercos se dispersaron entre los bejucales, corrió tras ellos sin poder cazar alguno. Pato, alegó que los puercos huyeron, porque no estaban bravos, pues no tenían hijos recién nacidos que defender, por eso no enfrentaron el peligro, al hombre y sus perros.

MI SEGUNDO ENCUENTRO CON LOS PUERCOS DE TROPA

Nuevamente, se escuchó la voz de Matilde, que en forma nerviosa hacía señales hacia la canoa de Catoira, para que el jefe se arrimara a la orilla del río. Nos pidió silencio. Empecé a percibir, el característico olor que despide el almizcle de estos animales, hedor característico que todavía tengo la sensación de sentirlo, al recordar y añorar esos felices años de mi niñez y juventud. Conforme me iba acercando a la orilla, nuevamente el nerviosismo llenó mi espíritu, ante el inminente contacto con esos animales, siempre impresionantes dentro de la selva. Me bajé de la canoa, con el corazón palpitándome fuertemente.

Tan pronto como tocamos tierra, nos internamos en la espesura, a unos cinco metros divise un enorme macho, que todavía no había detectado a los intrusos. Comía despreocupadamente, unas sabrosas frutas al pie del tronco de una planta de Aguai. Para mi fantasía infantil, el puerco macho parecía más grande que un elefante.

Le apunté con mi escopeta calibre 20 de un caño, compañera infaltable en mis correrías pre juveniles y disparé. El pobre animal, recibió el tiro con tal sorpresa que no intentó huir, cayendo con los clásicos movimientos del animal herido y agonizante. Le había atravesado el corazón con uno de los plomos de grueso calibre.

El desbande que resultó de esta inesperada agresión, dispersó a los puercos y con ellos a los cazadores. La selva se llenó, de un bullicio infernal con los gritos de los Chori, así como también por el chillido y el entrechocar de colmillos de los puercos. Esta sinfonía de muerte, me llenó de una euforia excitante. No me preocupé del puerco que había herido, corrí enloquecido ante esta experiencia

nueva y embriagante, deseando sólo, matar a cualquier animal que se me pusiera al frente.

Me interné en el bejucal...

Olvidé todo lo que no fuera perseguir a la presa. No recordé las leyendas tejidas sobre estos animales, siguiendo la persecución. Me caía y levantaba, ante las trabas que significaban los palos y bejucos que topaba a mi paso. No existían obstáculos, que me impidieran alcanzar a mis posibles víctimas.

De pronto, la realidad golpeó mi conciencia con cruda rudeza, note con terror y miedo, que una columna de puercos venía directamente hacia mí, haciendo sonar dientes y colmillos. El miedo oprimió mi corazón, en ese momento de inconsciencia, tiré mis armas y corrí buscando salvarme de la inminente agresión. La proximidad del choque con los animales, hizo que agarre el arma que llevaba en el cinto y me dispusiere, defender mi integridad física a como diera lugar, sin reflexionar que quizás esto no serviría de nada, pero de todas maneras lo intenté.

La columna de puercos, que estaba a no más de dos metros de donde me hallaba parapetado y detrás de un Motacú, con mis gritos se desvió de su camino, esparciéndose en varias direcciones. Los pobres animales, estaban tan asustados o más que yo. Quedé ileso de mi primera experiencia aterradora en la selva, aunque lleno de sudor y nervioso.

El ruido que hacían los puercos en su alocada huida, con el entrecocar de colmillos se perdió poco a poco. Consecuencia de esto, la selva quedó envuelta en un silencio total, creando la sensación de encontrarme flotando dentro de un espacio irreal. De repente, el miedo me envolvió, al darme cuenta que estaba absolutamente solo, en medio de la inmensidad de la selva.

Pensé en los peligros que me acechaban y busqué un árbol de porte mediano, me arrime a él y me subí rápidamente, buscando la seguridad de las ramas altas. Me envolvía la desazón del recuerdo del Tigre americano o Jaguar, con su ferocidad y peligrosidad. Abundante en las selvas, en donde se desarrolla nuestra historia, que siempre está, acompañando a los puercos en su constante peregrinar, pues son su alimento principal. Me encontraba completamente acobardado, no quería más experiencias por el momento.

Sólidamente instalado entre las ramas del árbol, me sentía más seguro. Llevaba mis armas listas para defenderme de cualquier agresión, viniera de donde viniera. Desde el lugar en que me encontraba, dominaba todos los posibles sitios en que podría venir el peligro, desesperadamente empecé a llamar a mis amigos Choris. El primer grito, prácticamente no salió de mi garganta, pues la tenía tan seca al igual que mi boca. Después de varios intentos, pude gritar y llamé angustiosamente a lo quimbae. Seguí con mis gritos, esta vez llamando por los nombres de mis amigos, Pato, Rufino, Catoira, Matilde gritaba, con la esperanza que apareciera alguno.

El tiempo pasaba. Avanzaba la tarde y como el día se iba, empezaba a notarse la oscuridad, que se venía venir rápidamente. Mi angustia creció, cuando el miedo me oprimía el pecho, escuché un grito lejano que me llamaba.

Niño...

Esto me calmó y puse atención, notando que cada rato estaba más cerca de donde me encontraba. Ante la inminente aparición de los quimbae, volvió a mí la tranquilidad perdida, con revivido coraje bajé diligentemente del árbol y contesté al llamado. Miré alrededor, no viendo entre las plantas de Patujú cercanas, el animal que había muerto. Lo busqué nerviosamente y no lo

encontré, ya que estaba a más de cien metros, pues me había desplazado bastante en busca del árbol, sobre el cual al fin me subí.

Al poco rato los quimbae aparecieron, primero note la cara de Catoira, redondeada y con unos ojos bien rasgados. Su incipiente y fina barbita, le daba un aire entre solemne y divertido. Poco a poco, todos los quimbae fueron saliendo por entre la maleza. Cundo estábamos reunidos, conté orgulloso mi hazaña. Había matado un enorme puerco macho. Esto hizo que se armara tamaño bullicio, volviendo la selva a ser el paraíso que siempre creí y había soñado.

Matilde. Hombre de cuerpo robusto y de una piel más clara, distinguiéndolo de los demás. Traía sobre sus espaldas un puerco de porte más pequeño que el que yo había herido. Mientras lo descargaba, contaba entre gritos, rizas y señas como lo emboscó y lo atravesó con un flechazo en el corazón. Hacía la representación y las escenas, tan simpáticamente, que todos reíamos de sus ocurrencias, por la felicidad de haber tenido una buena cacería.

Lo que vivía en esos momentos, resultaba para mí unas de las más bellas formas de mostrar satisfacción. Me sumé a la algarabía general, montándome a horcajadas en el animal muerto, cosa que contribuyó a darle sal a la fiesta. Una vez pasada la euforia, Catoira propuso buscar el puerco que había muerto, de inmediato se dirigieron por diferentes direcciones selva adentro. Me quedé nuevamente solo.

De pronto se escuchó el grito de alegría que profirió Pato. Lo había encontrado y luego de ponérselo en la espalda, volvía hacia donde estaba. Una vez todos juntos, se procedió a cortar unos palos y bejucos de Guenbé, que sirvieron para atar las patas de los puercos, y metiendo los palos entre éstas, se los llevaron colgados hacia las canoas.

Al llegar a la orilla del río, se metieron los animales, uno en cada canoa y subiendo nosotros a la que nos correspondía, emprendimos el viaje de retorno a la casa de hacienda, con los rostros sonrientes, por la felicidad que sentíamos del triunfo obtenido.

EL POBLADO SIRIONÓ

El sol, se había ocultado ya, sobre los árboles que rodean el poblado Sirionó. Las cuñas y los quimbaicitos nos vieron aparecer, iniciando un griterío que llenó el campamento, de un inusitado movimiento de personas y animales.

Después de bajar las presas y con la satisfacción de la tarea cumplida, los quimbae se instalaron cómodamente en sus hamacas, tejidas de la fibra del Ambaibo, para fumar sus pipas de barro llenas de tabaco. Entre sorbo y sorbo de humo, contaban a los Choris que no habían salido de cacería, la aventura vivida. Las mujeres se ocuparon de preparar la carne, para ser asada y utilizarse, en la alimentación de los componentes de la tribu.

Pasadas varias horas de jolgorio y diversión para mí, fui acompañado por Catoira a la casa de hacienda, en donde mis padres y mis hermanos descansaban, debajo de la amplia galería principal y después de finalizar sus tareas cotidianas. Papá me recibió con un cariñoso abrazo, preguntándome como me había ido. Luego me empujó a los brazos de mi madre, que me recibió con la ternura que solo ella sabía darme, la que dirigió a mi padre una mirada de reproche, por ser complaciente con mis relaciones con mis entrañables amigos Choris, consecuente con los peligros que pude haber pasado.

Papá...

Comprendiendo los temores de mamá le dije, no te preocupes que cuando nuestro hijo sale con estos hombres buenos, está en adecuada compañía. Lo quieren tanto, que darían la vida por su cuidado. Yo, feliz de la aventura vivida, me acomodé definitivamente al lado de mi padre y empecé a contar orgulloso la historia vivida. Todos me escuchaban atentamente. Papá sonreía, divertido con mis fantasías.

LA FIESTA Y EL BAILE SIRIONÓ

La tribu Sirionó que vivía en San Nicolás, estaba compuesta por unas quince familias. Se hallaban pacíficamente, formando una efectiva unidad social. Compartían alimentos y objetos de uso común en forma equitativa. Cada familia, compuesta por padres e hijos vivía en sus respectivas chozas. Cuando había alguna viuda o huérfano, eran cobijados en el seno de alguna de ellas, siendo tratados sin diferencia alguna.

El regocijo, que sentían por el resultado de la expedición, los llevó a reunirse alrededor de una gran fogata, en el centro del poblado para festejar el acontecimiento. Cerca de donde estaba la fogata, fue construida una chapapa con Jichiquís de Motacú, llena de brasas debajo. El lugar ocupado por la chapapa, era donde se estaban asando las carnes, para que cuando esté cocida sea consumida entre todos, incluidos los animales domésticos que crían. El sobrante es guardado para utilizarlo posteriormente.

Las chapapas que sirven de parrilla, se construyen con palcas de cualquier arbusto, de los que se tiene alrededor del caserío. Cuando los hombres, han conseguido todo el material para la construcción de las chapapas, donde asar la carne, las mujeres se encargan de todo el trabajo de preparación del churrasco, demandando sacarles el cuero y preparar los ingredientes para sazonar.

Los hombres, se reúnen a contar las aventuras vividas por sus antepasados y sus costumbres, además de las vivencias propias, mientras son escuchados atentamente por los niños de la aldea. Esta es la forma, de transmitir la historia del pueblo Sirionó, de generación en generación. Mientras uno de los integrantes de la tribu habla, generalmente el de más poder y sabiduría, los demás escuchan en silencio sin interrumpir, fumando los mayores sus características pipas de barro.

Los niños, reflejan en sus caritas inocentes, una mirada de admiración por los pasajes que vivieron y viven los mayores, deseando en lo más íntimo de sus espíritus ser partícipes de los mismos. Las mujeres y los más pequeños, arman tal bullicio que demuestra la alegría que les depara la diversión, esperada en la fiesta próxima.

Entrada la noche, llegué al campamento Chori acompañado por mi padre, poco antes del inicio de tan importante acontecimiento para sus pobladores. El jefe Catoira, salió a recibirnos, saludando a mi padre respetuosamente, pues reconocía la autoridad de éste, aun en su misma aldea y tribu.

Le dijo...

Taita bien venido...

Le decía Catoira, bien venido taita, mientras le daba un vigoroso apretón de manos. Después, poniendo su musculoso brazo sobre mis hombros, aprovechó para invitarnos y acercarnos a la fogata central, en donde hombres, mujeres y niños se encontraban ya reunidos, quienes nos dieron la bienvenida con mucho júbilo. La fiesta, había dado comienzo y todos, charlaban alegremente.

El tiempo fue pasando rápidamente, sin que me diera cuenta, habían llegado los Choris a tal excitación, que el movimiento dentro del campamento, mostraba la euforia que vivían, por acontecimiento tan importante de la buena casería. Yo miraba atónito, observando el movimiento, con una felicidad real, ante la experiencia que sabía sería inolvidable, cosa que era agrandada por mi imaginación.

La luna ya se encontraba en la mitad del cielo, su resplandor de luna llena, con su hermoso halo alrededor de ella, le daba un bello

colorido que la envolvía. Las pocas nubes que se atrevían a pasar frente a ella, parecían reverenciarla y hacerle la venia, impresionadas ante tanta belleza. Las tenues sombras que se reflejaban a la luz de las fogatas, me daban la sensación, de encontrarnos en medio de espectros bailantes, pues había empezado el baile del Hito – hito.

Los perros y los animales amaestrados, en especial los monos, miraban con interés y complacencia derrumbados al costado de las fogatas casi apagadas. Los primeros, con una excitación y chillidos, pues saltaban de palo en palo, haciendo infinidad de piruetas que de vez en cuando, molestaban a algún perro que se ponía a su alcance.

Ante el canto de algún animal, desconocido para mí, que luego supe era la lechuza, se inició el baile del Hito – hito. Esta era, la manera de dar gracia a la diosa luna, por las bondades de depararles una cacería abundante. Se fueron formando hombres, mujeres y niños, que después de entrelazar brazos, crearon un estrecho y fuerte cerco que rodeaba la fogata. Se inició el canto y el consiguiente baile.

Se escuchó Hito, hito, Ja, Ja...

Primero despacio, para luego ir subiendo de tono y después remarcar con más fuerza el hito.

Hito, Hito, Hito, Jaaa...

Se escuchaba, mientras hacían retumbar el suelo con los pies, como si se tratara de un poderoso tambor levantando polvo. Conforme pasaba el tiempo, el baile se iba haciendo más frenético. Las voces y los golpes al suelo, eran más fuertes y cuando llegaban al máximo, volvían a bajar de tono. Así sucesivamente seguían,

mientras sudaban y entraban en un trance muscular que les agotaba.

Vino el silencio. Los hombres se retiraron a descansar a sus hamacas, mientras que los niños, les servían agua fresca, que traían en unos taris, de una poza cercana cubierta de Tarope y rodeada de Patujú.

Mi padre, observaba todo con el interés genuino del hombre de ciudad. Mientras mi fantasía, me transformaba en un semidiós de la selva, y me sumía en sueños, en los cuales luchaba exitosamente contra enormes y gigantescas sicurises, caimanes y fieros tigres. Mis sueños, llegaron a su fin, cuando fueron interrumpidos por el olor a carne asada, el grito de una mujer anunciaba que el asado ya estaba listo. La carne asada, fue llevada donde mi padre, para que la probara, cosa que hizo, luego comieron todos con entusiasmo mientras reían.

Era bien entrada la madrugada, volvió la calma al campamento. Los quimbae dormían y roncaban satisfechos, semi embriagados con el licor de miel que tanto les gustaba.

Vueltos ya en la casa de hacienda. Mientras flotaba todavía en la irrealidad, mi padre me llenó, con esa mirada bondadosa que lo hacía ser querido por todos. En lo más íntimo de su ser, también sentía algo de lo vivido por mí.

LA TRIBU SIRIONÓ

Mis padres llegaron a San Nicolás, existían unas casas de Motacú semi derruidas y un monte a su alrededor, amenazando con tragárselas. Había unos corrales, demostrando lo bien contruidos que habían sido. No existía tribu Sirionó alguna, salvo la llegada posterior de Pava Santo y su gente, que se instalaron en plena montaña, separada de la casa de haciendo por una cañada plagada de animales. Para llegar, al lugar donde estaba asentado el caserío, era necesario pasar por una cañada poco profunda, caminando por una senda en plena selva, salvando una vegetación llena de Tacuarembó y otras tacuaras más delgadas, chuchiales muy tupidos, Caña Agria y patujusales del chico y del grande.

Cerca de la aldea Chori, se distinguen gigantescos y centenarios árboles de mango, entremezclados con algunas plantas de Coquino y Aguaí. El Aguaí, es uno de los árboles más hermosos de la amazonía, es alto, llegando a sobrepasar los veinte metros, delgado y esbelto. Da una fruta de color amarillo rojizo muy dulce, parecido a una papaya de tamaño pequeño. La fruta del Aguaí, se la come cocinada al fuego, para quitarle la resina que contiene la cáscara, así dejar sin esta de la carne misma de la fruta. Es de una exquisitez extrema, tanto para muchos animales, para los Choris y especialmente para mí.

Al aproximarnos, los primeros que detectaron nuestra presencia eran los perros flacos de los quimbae, los que ladrando venían a nuestro encuentro. Generalmente, se armaba un alboroto que despertaba totalmente al campamento, tanto por los ladridos y los gritos de los aborígenes, tratando de calmar a los animales.

Cuando se asentó a los Choris en ese lugar, después de las peripecias de la huida, se prepararon precarias chozas de reparo contra las inclemencias del tiempo, al estilo de los caseríos provisionales, mientras se le construía casas más estables. Estas

chozas, hechas con unas cuantas hojas maduras de Motacú, apegadas o arrimadas a la misma planta, se las tejían y acomodaban en abanicos. Los quimbae y sus familias, sólo usan las chozas cuando hace frío y llueve, normalmente están sobre sus hamacas fuera de ellas. Cuando están adentro, se acomodan al lado de fogatas, durmiendo con sus perros en el suelo sobre hojas del mismo Motacú o de Patujú.

Normalmente los Sirionó, duermen en sus hamacas tanto hombres, mujeres y niños. Una fogata semi apagada les provee del humo necesario para repeler los mosquitos. Entre las cenizas que se mantienen calientes, duermen los perros, monos y taitetés mansos, entre los cuales se pelea el espacio, hasta que por fin duermen juntos.

Lo que se narra, sobre estas costumbres de mis amigos, fue transmitido por las conversaciones e historias contadas, pues mis vivencias y contacto con estos admirables seres humanos, vienen desde cuando vivían ya en casas de Motacú, similares a las que tenemos en el campo y la selva en nuestro trópico amazónico.

La tribu de Pava Santo, cuando llegó a San Nicolás, fue enseñada al uso de chapapas de astillas de Sumuqué, con un cuero de res como colchón, pues se les dotó de mosquiteros y colchas. Así y todo, tenían siempre asentado, el mayor tiempo de descanso, debajo de árboles frondosos al lado de las casas, recostados en sus hamacas y fumando su infaltable pipa de barro.

Antes de conocer el Tabaco, utilizaban la hoja de Ambaibo para fumar, ya que este árbol les servía como principal fuente de recursos, pues les proveía material para construir sus hamacas, e hilo para sus flechas, leña y muchas otras utilidades. Como la selva tropical está llena de mosquitos, especialmente en la época de lluvia, por ello los quimbae se proveían del Posetacú, que

no es más que la vivienda de ciertas hormigas, termitas o turiros que se encuentran en los motacuses y en algunos árboles.

Los Posetacú, son llevados al campamento por las mujeres y los niños, ya que esto no es trabajo para hombres. Los ponen junto a las fogatas, apegándoles brasas vivas, haciendo salir un humo espeso que, aparte de ahuyentar a los mosquitos no hace daño el respirarlo, ni irrita los ojos como otros humos. Otra de las cualidades del Posetacú, es la de no quemarse rápidamente como la leña, pues no hace llama al consumirse. Uno de tamaño grande dura hasta dos noches.

Los Chori, cuando no estaban de casería por tener aún suficientes provisiones, se dedicaban aparte del trabajo normal que hacían en la hacienda, a preparar sus armas para la futura incursión en la selva. De los tacuarales y chuchiales cercanos, sacaban varillas de Tacuara madura y palo de la flor del Chuchío, los cuales guardaban dentro de las chozas hasta que estaban bien secos.

LA FABRICACIÓN DEL ARCO Y LAS FLECHAS

Entre los elementos básicos, en la fabricación de sus arcos y flechas, tenemos la Chonta, el Gavetillo y otros elementos como ser el hilo de la cáscara del árbol de Piraquina y el Ambaibo, la Ceraquití y otros.

En la confección de las flechas, se veía la destreza de mis amigos. Me deleitaba observarlos mientras aprendía. Veía que primero escogen las varillas de la flor del Chuchío y mediante el uso de las llamas de la fogata, las calientan y con el humo logran endurecerlas al mismo tiempo, para ir corrigiendo cualquier curvatura hasta dejarlas completamente rectas.

La culata de la flecha, es preparada de una madera muy fina y dura sacada del arbusto del Gavetillo. Tiene unos diez centímetros de largo aproximadamente, es puntiaguda en la parte que penetra a la varilla de Chuchío, se redondea y prepara una ranura en la parte posterior, sirviendo para poner en ella la cuerda del arco. La punta de la flecha, es fabricada de un pedazo de Chonta, al que le dan su grosor y forma ideal a punta de raspados. Antes cuando, aún no conocían el machete, lo hacían con un hueso filoso, tiene unos sesenta centímetros aproximadamente.

Una vez se tienen preparados todos los elementos, se procede a liar la varilla de Chuchío, en sus dos extremos, con una pita elaborada de la fibra sacada de la corteza de la Piraquina o el Ambaibo. Esto es, para evitar que la varilla se parta al colocar la punta y la culata de la flecha, después se calientan, la culata de Gavetillo como la punta de la chonta y poco a poco, ayudados por la dilatación sufrida por la varilla de la flor de Chuchío, se las hace penetrar hasta el lugar ideal y dentro de la posición correcta.

Al terminarse la operación de la introducción de la punta y la culata de la flecha, se sacan porque han quedado un poco holgadas

dentro de la varilla. Impregnándolas con Ceraquiti caliente y derretida, se las vuelve a introducir, quedando así totalmente pegadas al Chuchío. Este pegamento natural evita que se salgan de su lugar, y la Ceraquiti es un elemento que se extrae de las colmenas de abejas silvestres, abundantes en nuestras selvas amazónicas. Se encuentra en la parte que envuelve los panales y sirve para formar los cántaros de miel. Los Sirionó, dan a este elemento varias aplicaciones y utilidades.

El proceso primario dentro de la construcción de la flecha, una vez terminado, se saca la pita que ha servido para evitar el daño en la estructura de la varilla del Chuchío, tomándose un hilo más fino, el cual previamente impregnado con ceraquiti, se lía finamente a la flecha hasta el lugar donde penetró la punta y la culata para fortalecerla.

La postura de la pluma en el extremo posterior de la flecha, es un proceso que conlleva arte, pues se efectúa con el uso de plumas de pavas mutunes o Pava Pintada especialmente. También con plumas de parabas de diversos colores, quedando las flechas con un colorido agradable. Con medias plumas escogidas especialmente, se las acomoda en la parte posterior previa impregnación del Chuchío con Ceraquiti, asegurándolas con la pita más fina, que consiguen de la corteza del Ambaibo.

Para dar a la flecha la efectividad necesaria y buscada, se les pone garfios o una Tacuara a la punta de chonta. Los garfios son de uso para aves cuando se tiene sólo uno, y para cazar animales de mayor porte como jochis y tejones, se usan dos garfios que van opuestos entre sí. Para la caza de animales, como el puerco Taitetú y el de tropa, el Anta y el tigre se utiliza la flecha de tacuara. Ésta tacuara bien afilada, con su concavidad, cumple la finalidad de producir una violenta sangría, con la consecuencia de una muerte rápida.

El arco es fabricado de Chonta. Tiene el mismo largo que las flechas. Lo raspan hasta darle la forma y grosor adecuado. La parte central es más gruesa, terminando los extremos en punta, y con la postura de la pita de Ambaibo, el arco queda listo para su uso. La pita la fabrican las mujeres, de pedazos de corteza que extraen los hombres. La corteza la humedecen y machucan hasta separar y sacar unas fibras flexibles y finas para hilarlas, utilizando usos similares a los utilizados por nuestros campesinos para hilar el algodón.

El hilo de Ambaibo, al ser la más resistente, es usado para hacer sus hamacas. Estas, cómodas y livianas las llevaban consigo en sus correrías por el monte, tejían además taparrabos y las utilizan para fabricar sus armas. Servían también para colgar una infinidad, de cosas de las vigas de sus chozas, tales como los churunos, taris, calaveras de animales, etc. Como medio de transportar, lo conseguido en las incursiones de cacería por la selva, fabricaban panacuses, hechos hábilmente del cogollo del Motacú, y jasayeses del mismo material en hojas verdes, en donde guardaban sus pocas pertenencias, ropa y otros enseres.

LAS ABEJAS Y SU MIEL

Los quimbae, tienen mucha habilidad para la detección, de los ruidos que producen las abejas, dentro de los árboles huecos donde forman sus colmenas.

La miel es uno de sus alimentos más preciados, melean las colmenas con especial interés, para no perder nada de lo utilizable de éstas. La miel, significaba para mis amigos, un delicioso banquete. Comían hasta hartarse, quedando algunos en el peligroso estado de intoxicación e indigestión.

En nuestras selvas, existen especies de abejas que dan miel, como la Oro, abeja de color dorado y la Obobosí negra y grande. Estas son las principales y más conocidas, existiendo colmenas realmente grandes y ricas, dando hasta veinte litros de miel.

La melea se procede previamente, con la formación de una fogata alrededor del tronco del árbol, para evitar que el ruido y las vibraciones del hacha al cortarlo, las haga salir de su colmena y procedan a agredir a los intrusos. Una vez derribado el árbol, siempre con el humo defendiéndolos, proceden a acumular los cántaros de miel para ser llevados al caserío, evitando se rompan y derramen su precioso contenido.

Lo que produce la abeja y se encuentra en la colmena, es utilizable en su totalidad. Los hijos en condición de larvas, son comidos crudos, generalmente al pie del proceso de melea, aprovechándose su contenido lechoso de agradable sabor.

El Jevorá o acumulación de polen, lo utilizan como ingrediente de fermentación de la miel, la cual diluida con un poco de agua es puesta en un tari o churuno donde fermenta; sacándose un licor de características especiales, que debían y les servía para embriagarse en sus fiestas.

SÉPTIMA PARTE

LA SOCIEDAD SIRIONÓ

Los Sirionó, llevaban una vida completamente equilibrada y adaptada a las condiciones y leyes de la naturaleza. Tenían un sistema familiar sólido, según el cual se podía tener varias mujeres que vivían juntas sin disputas entre ellas. Mantenían una relación social y moral de mutuo respeto, un trato cordial y afectuoso ponderable.

La complementación y colaboración, era una norma de conducta, tanto entre las familias como en todo el conglomerado Sirionó, cosa que sólo se ve en los grupos humanos viviendo en completo equilibrio. Nunca observé problemas entre ellos, ni discusiones y disputas.

La jefatura, la detentaba Catoira. Este hombre joven, tenía un ojo perdido. Le había herido un mono en un momento de descuido, en una de sus innumerables incursiones en busca de alimento.

El jefe Catoira, era cordial y afectuoso en su trato. Para mí fue el más leal amigo que he tenido. Fue mi maestro mientras crecía y aprendía algo nuevo sobre la selva y sus secretos. Catoira, siempre atento, me los enseñaba. Conocía cada ruido y lo sentía por más débil que éste fuera, así como a cualquier ser vivo de la selva.

Trataba a todos sus subordinados, no como jefe sino como amigo. Lo que más me gustaba de los Sirionó, era la permanente sonrisa y la alegría que mostraban, pues cuando charlaban lo hacían sonriendo, exteriorizando así una existencia feliz, cosa que sólo se da cuando hay un completo equilibrio de seres nobles y sencillos, con el corazón abierto y el espíritu amable.

Cuenta mi madre, eran muy celosos en sus partos, ya que no permitían que ella asistiera a alguna parturienta y les prestara ayuda. Parían entre ellos. Cuando el suceso se presentaba, las

mujeres de la tribu se ayudaban entre sí y, al producirse el alumbramiento, como señal de ello, el quimbae se echaba en su hamaca con la cabeza adornada de plumas de vivos colores. El ombligo del niño recién nacido no era cortado al momento del parto, permaneciendo el cordón completo hasta caerse solo. Lo estiraban permanentemente y luego la cuña lo usaba de collar.

MI ENCUENTRO CON EL TIGRE

Era un día nublado, de esa época de lluvias del verano amazónico. Partimos en dos canoas, íbamos navegando por las aguas negras del río Cocharcas, llenas de pirañas, sicurises, caimanes y bufeos.

Viajamos todo el día río arriba, soportando algunos mangones que mojaban. Mientras lo quimbae remaban, cantaban con una mezcla de vocablos semejando voces guturales, imitando el canto de los diferentes animales de la selva, cosa incomprensible para mí. En este viaje, nos internamos más profundamente en la selva con relación a los anteriores.

Al irse la claridad del día, llegamos a un arroyo que desemboca en el río Cocharcas. La vegetación, cubría totalmente su cause y los bejucos acuáticos, hacían casi imposible la navegación por él. Por este motivo al arroyo, se lo bautizó con el nombre de Arroyo Tapado. Desde este punto, el río sale de la selva y se interna en pampas y curiches inmensos.

Se instaló el campamento a orillas del río Cocharcas, cuando estuvo listo se preparó la cena, consistente en pirañas o palometas asadas, pescadas mientras navegábamos y esperábamos la construcción y montaje de la jara. Acompañadas con algunos huevos de lagarto o caimán, cosechados en una alturita cercana. Con esto deleitamos nuestros paladares.

Después de limpiar los pescados y los huevos, fueron envueltos en hojas de Patujú, haciéndose con ellos unas pelotas que se ponían directamente al fuego. Las hojas, se iban quemando paulatinamente. El proceso consistía en un sistema de cocinado al vapor, con el resultado de un plato delicioso y único.

Al amanecer del día siguiente, una neblina no muy espesa envolvía el ambiente. Me levanté. Los quimbae ya en pie preparaban el desayuno y procedían a alzar el campamento.

Se sacaron las canoas de las aguas del río, ante la posibilidad de que fueran arrastradas por la corriente, se perdieran y no las encontraríamos al regresar. Una vez comidos y con un café fuerte, acompañado con un pato negro asado en pacumutu, emprendimos la aventura.

Nos internamos en la selva, siguiendo la zigzagueante la orilla del arroyo tapado. Caminamos durante toda la mañana. Los perros rastreaban el monte sin resultados positivos. Parecía que los animales se habían puesto de acuerdo en eludirnos, pues no encontrábamos alguno por los alrededores, los pobres perros iban y venían acezando, sin descubrir nada.

Conforme nos internábamos en la selva, unas veces encontrábamos alturitas secas, otras teníamos que atravesar patujusales, con el agua que a momentos nos daba arriba de la cintura. Caminaba siempre detrás de Catoira y Rufino detrás de mí.

Los obstáculos eran cada vez mayores. Llegó un momento, en que fue difícil avanzar entre el Patujú lleno de agua. Por lo tanto, se decidió cruzar el arroyo, en busca de lugares más altos que presumíamos existían al otro lado.

Teníamos que atravesar, unos cien metros de aguas profundas entre los árboles que tapan el arroyo. Los quimbae, cortaron unas tacuaras, de unas matas grandes que encontraron en una alturita cerca. Nadando de árbol en árbol, fueron uniéndolas, atándolas a las ramas con bejucos de Guembé, formando así un puente precario pero efectivo. Se ató un bejuco más fuerte de rama en rama para agarrarse a él al pasar al otro lado. Esto fue hecho especialmente para mí.

Terminada la construcción del puente, me invitaron a hacer uso de él. Subí a las tacuaras y agarrado del bejuco, empecé a avanzar por él cruzando el arroyo. Ante mi peso, que no era mucho, había momentos en que las tacuaras se doblaban, haciendo que a veces me hundiera hasta el pecho.

Los quimbae pasaron, unos por el precario puente y otros nadando junto a él. Los perros nadaban unos y ladraban otros, haciendo un gran bullicio. Luego todo se calmó, cuando cruzamos a la orilla opuesta del arroyo. No tuvimos ningún percance, con animales agresivos del agua ni reptiles, la bulla que se armó, fue suficiente para ahuyentar hasta a las mismas palometas o pirañas.

Después de preparar todo, emprendimos el viaje selva adentro, llegando al poco tiempo a una altura grande y hermosa por su vegetación, en donde sobresalían plantas de Coquino, de una fruta dulce y comestible para todo ser vivo. Nuestro almuerzo consistió en una abundante ración de esta fruta. Después de casi empacharnos, descansamos una hora aproximadamente y seguimos viaje. Animamos a los perros, estos se internaron en la espesura buscando y olfateando por todos lados. Pasaron varios minutos, de vez en cuando aparecía alguno junto a nosotros, nos miraba y azuzado por los Chori volvía a la espesura.

Llevábamos como unas dos horas en este estado de cosas, de pronto se escuchó el ladrido corto y seco del perro más viejo, su nombre era Perico. Recibió este nombre, por el color de su pelaje parecido al de este animal. Luego se le unieron en el ladrido los otros perros, venidos de diferentes lugares donde exploraban, acudiendo al angustioso llamado de su compañero.

Catoira dijo...

Escuchar ladrido perro...

Tener Tigre, perico ser tigrero...

Sin que medie mucho rodeo, emprendimos la marcha a paso forzado, en la dirección de donde se escuchaban los ladridos de la jauría. El camino se hacia largo, el ladrido de los animales no permanecía en un mismo lugar, se iba desplazando permanentemente cambiando de rumbo. Nosotros, seguíamos tozudamente a los animales.

Después de un tiempo que para mí fue largo e interminable, el ladrido de los perros, se escuchó en una sola dirección. Rufino gritó.

Tigre...

Empacao...

Allá apunto...

El quimbae, no daba más del nerviosismo que lo envolvía. Me sentía desfallecer, pues era la primera experiencia de este tipo que vivía. Sentía el miedo característico, de los que se encuentran por primera vez con el rey de nuestras selvas. Cuando llegamos, al lugar donde los perros tenían empacado al Tigre, se escuchó el rugir enfurecido de éste y el ladrido lastimero de uno de ellos.

Esta contingencia, llevo a que los quimbae empezaran un griterío tal, obligando al Tigre de buscar refugio en el primer árbol que encontró. Vimos al pobre perro muerto, con el vientre abierto. Esto fue hecho, con una feroz manotada del Jaguar. Los demás perros, olvidando el destino que había sufrido su compañero, seguían furiosamente acosando a la bestia, latían debajo de un gran árbol de Guapomó, donde Perico, más osado que los otros, intentaba vanamente subirse a él.

El tigre, se encontraba a horcajadas sobre una palca, a unos tres metros del suelo, mirando a todos lados mansamente, como si el estar en las alturas lo apaciguara y le diera tranquilidad, pensando encontrarse fuera de peligro. Los quimbae, acomodaron sus armas, arcos y flechas prestos. Le toco a Pato efectuar el disparo.

Catoira y Matilde, se apegaron a mí. Me puse en guardia ante cualquier contingencia, enardecido por la euforia intenté acercarme más, al lugar donde se desarrollaba el drama. Los quimbae me mantuvieron alejado, en calidad de simple observador de lo que a continuación sucedió.

Pato, se fue acercando, con el arco de chonta tensado y listo para lanzar la flecha de Tacuara. Los demás, un poco atrás, lo seguían. El tigre gruñó, al ver acercarse a su más temido enemigo, el hombre. Su pecho, lugar vulnerable al flechazo, estaba bien visible para Pato. Se acercó el quimbae buscando herirle. Cuando estuvo casi debajo del animal, tensó los músculos de la cara, notándose en sus ojos un brillo especial, donde estaba reflejada la decisión de ejecutar el tiro.

Los musculosos brazos se contrajeron, el arco se dobló y la flecha salió disparada con tal fuerza y precisión, que se incrustó en el lugar elegido por el quimbae. Se escuchó, un rugido de dolor que hizo estremecer la selva y me llenó de pavor. Quise huir, pero Catoira no dejó que me moviera. Me tenía agarrado del brazo.

El Tigre, con la flecha clavada en el pecho, cayó pesadamente al suelo, revolcándose e intentando sacársela. La flecha se quebró, pero le fue imposible sacar el pedazo que tenía dentro. El episodio no duró más de dos o tres minutos, para mi pareció una pesadilla que duraba una eternidad. El bello y majestuoso animal se desangró con los estertores agónicos del que se resiste a morir.

No bien el tigre cayó al suelo, se puso al alcance de los perros que se abalanzaron contra el animal, lo mordían por todos lados. Los quimbae, dejaron que hicieran esto como forma de acostumbrarlos y para que le perdieran el miedo. En el máximo entusiasmo y alegría por la presa conseguida, empezaron a bailar el Hito – hito.

Una vez pasada la euforia de lo acontecido, buscamos el lugar ideal donde acampar, cosa que se hizo debajo de un árbol de Jorori. Se recogió suficiente leña, para mantener viva una fogata durante toda la noche, bastante Posetacú para ahuyentar a los mosquitos, que en esas horas de la tarde se ponen insoportables.

El tigre, fue traído a la Jara, atravesado en un palo. Era un animal, de lo más grande que podía existir y se había visto por esos lugares. Con la alegría característica, de la satisfacción de haber cobrado tan hermosa presa, se procedió a sacarle el cuero que sería llevado de regalo a mama Aída. La carne, fue puesta en una chapapa de Jichiquí de Motacú para asarla y ahumarla, constituye un plato muy especial y apreciado para los paladares de los Sirionó. Mientras esto acontecía, acomodé tranquilamente mi hamaca y mosquitero en el centro del campamento. Sin mayor apuro, me introduje en él. Sólo salí cuando la carne ya estaba asada. Al principio tuve cierta aprensión, pero una vez la probé, me resulto bastante buena y aceptable.

Los quimbae, comían haciendo bromas y riendo, dándoles raciones generosas a sus perros, en calidad de premio por la hazaña cumplida. Mientras escuchaba, la feliz conversación de mis amigos, mezclada constantemente con risas, me dormí, soñando en futuras aventuras.

Amanecía, por entre el follaje tupido del frondoso árbol de Jorori, paso un rayo de luz que me dio de lleno e hizo me despertara. Los quimbae, hacía rato que se habían levantado y estaban preparando todo para emprender otro día de cacería.

LA LONDRA O NUTRIA

Mientras regresábamos al primer campamento, cazábamos otros animales que vinieron a engrosar nuestra provisión de carne, se llenó los panacuses que los Chori llevaban en sus espaldas. Al llegar a la desembocadura, del arroyo tapado con el río Cocharcas, escuchamos el ruido que hacían unos animales desconocidos para mí. Eran londras o nutrias, jugueteando distraídamente en la orilla del río.

Las londras se lanzaban y salían del agua. Algunas con su pescado en la boca, las surcaban con permanentes piruetas, llenas de movimientos ágiles y elegantes. Catoira intuyo, más que sintió el ruido, pidió silencio a la columna que retornaba despreocupada, se separó de nosotros hacia el lugar donde provenía.

Cuando vio a las londras, con todo cuidado se fue acercando con sus armas listas. Como innato cazador, siempre estaba dispuesto a ello. Un gran macho, echado indolente sobre la playa dio la alarma, de inmediato se tiraron al agua, huyendo del peligro que se les anunciaba.

El jefe Chori, con la flecha de tacuara y el arco de chonta en una mano, nadando con el brazo libre, persiguió al macho entre la maraña de árboles sumergidos y bejucos acuáticos, con tal destreza que no envidiaría en nada al animal perseguido. De pronto escuchamos un chillido, especial y diferente a los ruidos hasta ahora escuchados por mí, era el grito de agonía de la Londra macho, acompañado por el griterío armado de contento por Catoira. Todo esto, sucedía en la orilla opuesta de donde nos quedamos esperando.

Catoira, cuando estuvo junto a nosotros, nos contó que siguió a la manada y en especial al macho más grande, hasta que salieron a lo

seco. Escondiéndose entre unas matas. Cuando los animales estuvieron fuera del agua, divisó al macho que era de su interés. Este nervioso mantenía atenta su vigilancia, pues presentía y olfateaba el peligro. Nuestro amigo, dio un rodeo y buscó un punto ideal, en donde no pudieran divisarlo. Logrado su objetivo, disparó su flecha, hiriendo al macho de lleno en el corazón, matándolo instantáneamente.

Rufino y Matilde, aparecieron con las canoas. Después de recoger el animal muerto y cargadas del resultado de la incursión de casería en la selva, retornamos a casa. Llegamos ya entrada la tarde a la cañada, nos separamos. Los quimbae se dirigieron a su aldea.

Lo sucedido y narrado hasta aquí, corresponde a lo vivido con estos mis amados amigos los Chori, desde a mis trece años.

OCTAVA PARTE

MI EXPEDICIÓN A MONTE GRANDE

Monte Grande, se encuentra a una distancia de unos diez a quince kilómetros del establecimiento San Nicolás. Para llegar a él, se tiene que cruzar el río Cocharcas e incursionar por algunos pantanos y pampas.

La majestuosidad de la selva, se nota no bien se llega a su orilla o comienzo. Se ven árboles, de más de treinta metros de altura, a manera de querer llegar a topar el cielo. También palmeras de todo tipo, siendo una de las más numerosas el Motacú, después tenemos la Chonta, el Marayaú y el esbelto y altísimo Sumuqué entre otras. Por debajo de estas se halla el Patujú gigante. En las partes bajas y donde el agua sube más de un metro de altura. En las partes altas, se encuentra el Patujú pequeño y la Caña Agria, sirviendo de alimento a los puercos Taitetú y de Tropa.

Tenía ya más de diecisiete años, regresaba a San Nicolás a pasar mis vacaciones de fin de estudios. Me creía todo un hombre, con las fuerzas necesarias y la voluntad suficiente, para internarme selva adentro a conquistarla. Monte Grande, era para mí una zona extraña, quizás siniestra que debía ser vencida.

Le tenía recelo, un respetuoso miedo, por las leyendas contadas de mis amigos los quimbae, en donde la vida del que incursiona en él no tiene valor alguno, por los múltiples peligros que acechan, cientos de puercos de tropa enfurecidos y sedientos de sangre, antas o tapires que con su fuerza y peso, arremeten contra cualquier intruso que signifique peligro para ellos.

Jaguares o tigres de pinta chica, pinta grande y negros que no temen, en absoluto al hombre y lo toman como cualquier presa a ser devorada para saciar su apetito, Serpientes venenosas, pequeñas y gigantes, cerrando el paso a cualquiera que osare aventurarse por sus dominios, etc.

Los recuerdos de mi niñez, me llevan a traer a la memoria de como los quimbae; contaban a mi padre, sobre que a varios días de viajar por monte grande, se llega a una loma igual que la de San Nicolás. Tiene, como ella, una cañada bastante ancha y profunda de aguas negras, sirviendo de habitad para un gran número de londras. Cientos de ellas que no huían del hombre.

Recuerdo el alto valor de las pieles en esa época, soñando con la venta del resultado de la cacería, gestando la ambición dentro de mí. Las que me permitirían acumular un capital, con el cual podía formar una gran hacienda de ganado a futuro, ya que el valor de cada piel equivalía al de cinco vaquillas aproximadamente. Dentro de mis sueños juveniles, me veía cabalgando y reuniendo mi ganado, cosa que llevó a convencer a los Chori, para que se aventuraran y me acompañaran en la expedición a Monte Grande.

Empujado por el bichito de la codicia, a pocos días de mi arribo a San Nicolás, se emprendió la expedición a la Loma de las Londras. Se acomodaron y prepararon, dos carretones en los que se llevarían, los utensilios necesarios para la aventura, además de la mujer que nos acompañó como cocinera. Llevábamos sal, azúcar, café y otras cosas necesarias como mosquiteros, hamacas y colchas para mí y mi amigo Arturo Suárez Perrogón, además las cosas de los quimbae.

Recuerdo. El viaje se inició una mañana de septiembre. Los campos y pampas que atravesamos, estaban completamente secos. Los yomomos o curiches también lo estaban. No había agua para tomar en el trayecto, hasta llegar a la primera pascana donde existe un pozo. El chirrido característico de los ejes del carretón, nos daba la sensación de la queja centenaria de este medio de transporte en la amazonía. La verdad, era que sonaba así por falta de sebo, la expresión Jía y Usa permanente nos acompañó en el viaje.

Después de cruzar el bajío del Trapiche, con el sol que conforme avanzaba la mañana, se iba haciendo más quemante llegamos al puerto de Trampolín en el río Cocharcas. Lo cruzamos directamente, pues el nivel de sus aguas, estaba tan bajo que no era necesario nadar. Cuando salimos del monte que bordea las orillas del río, se abrió ante nuestros ojos, la inmensidad y majestuosidad de las Pampas de Siete Islas. En estas, sólo se ve pasto y alguna que otra isla, sirviendo para romper la monotonía.

Mientras el viaje seguía su curso, el sol del mediodía empezó a agredirme sin misericordia, abrasándonos a todos con su calor sofocante. Tomábamos agua a cada rato, para paliar en algo la deshidratación que sufríamos. El sudor empapaba nuestras ropas. Algo que rompió el hastío del penoso viaje, fue la visión de unos bellos y esbeltos ciervos, nos observaban entre recelosos y curiosos, a muy poca distancia de donde nos encontrábamos.

Pasadas las cuatro de la tarde, llegamos al puesto abandonado, llamado Isla de Sanabria, pues allí había vivido un chacarero de ese nombre, con su familia y por varios años, hasta que cansado de la agresividad de la selva huyó. Todavía, se ven vestigios de su estancia en ésa. Se mantienen parados e intactos, unos viejos horcones de corazón de Tajibo, con los que se construyeron su choza, unas plantas de tamarindo, naranjas y mangos. Además de algunas matas de caña de azúcar, un poco más alejadas.

En el viejo puesto de Sanabria, se preparó la pascana que debía albergarnos durante la noche. Se trajo posotacuces para ahuyentar los mosquitos, que empezaban a agredirnos con la fuerza de esa época del año. En la nohecita, se escuchó el característico canto del Taracoé, haciendo que los quimbae se abrazaran entre sí, empezando a cantar y bailar al son de éste. Decían que todo el que tuviera verrugas o quirichís, los tumbaban por medio de este procedimiento, y prevenía a los sanos que les salieran.

Cuando el sol se ocultó completamente, ingresamos en una de las noches más oscuras que recuerdo. El cielo estaba totalmente negro, sin luna ni estrellas. La negrura nos envolvió, produciéndose en nosotros la sensación, de encontrarnos en las fauces de una feroz bestia que, transformada en un espectro de terror pretendía al menor descuido engullirnos entre sus sombras. Se buscó leña en los alrededores, para hacer una gran fogata, en donde se asaron unos pavos mutunes que se habían cazado, cuando se fue al pozo cercano a buscar agua. Su carne, fue suficiente para saciar el voraz apetito, de todos los integrantes de la expedición, en donde me encontraba yo, un amigo de mi infancia de nombre Arturo Suárez, el jefe Catoira, seis choris más y Carmen mujer de Pato que oficiaba de cocinera.

Después de cenar, reinó una nerviosa quietud en el campamento, siempre alerta ante cualquier peligro de la selva. Los animales nocturnos emitían chillidos, cánticos y rugidos. De rato en rato, se escuchaba el canto quejumbroso del Guajojó, el chirrido de la lechuza y el llamado de algún tigre macho a su hembra, cosa que hacía callar a todos y estremecer la selva. El rugido, muchas veces significaba la muerte de algún animal, ante la poderosa fuerza del rey de las selvas amazónicas.

Me dormí, olvidándome de todo ante el cansancio del viaje. Amaneció con el cielo completamente despejado, presagiando un día de calor intenso y otra jornada agotadora. El despertar de las aves cercanas a la pascana, se mezclaba con la charla susurrante de los Sirionó. Desperté alarmado, pues los calientes rayos del sol, al darme directamente a la cara, me hicieron sobresaltar de lo fuerte que estaban. Esto me convenció, de que debía dejar la flojera a un lado y salir de mi mosquitero. Se levantó el campamento con total diligencia.

Vení Rufino, vení...

Vamos llenar taris, agua...

Llamó Catoira, que alzando los recipientes y sin más, se dirigió al pozo seguido por Rufino. Matilde y otros se les unieron, quedando solo Pato y otro más con Carmen, quienes se pusieron a distribuir mis cosas y acomodarlas en los panacuses de todos. Desayunamos, con los sobrantes de los restos de los mutunes, unas yucas que se asaron al rescoldo.

El sol había subido bastante en el cielo, cuando emprendimos la marcha Monte Grande adentro. Los quimbae, iban abriendo la enmarañada selva con sus afilados machetes, ampliando el camino para mí entre bejucales y patujusales. El avance de la columna, se hacía a veces muy dificultoso, pues conforme nos internábamos, la maraña se hacía más espesa, resistiendo el paso de los intrusos que se atrevían a profanar, su ancestral y sagrado equilibrio.

Después de medio día de caminar, los quimbae se desprendieron de sus panacuses, que sobre sus espaldas servían para llevar las cosas para el viaje. Tres Chori, salieron de nuestra improvisada pascana, en busca de la presa que sería nuestro almuerzo. Mientras esto sucedía, Matilde procedió a sacar palmito de un Motacú hijuelón cercano a la jara, el cual sancochado acompañaría a la carne, que con seguridad traerían los cazadores. Luego se construyó la chapapa donde ésta se asaría.

En mi hamaca observaba el movimiento del campamento con mucho interés, admirando la forma ágil y diligente de Carmen. Esta se comunicaba con Matilde en el idioma Sirionó. No entendía nada de lo que decían, pero por la expresión de alegría de sus rostros, sabía que el tema era necesariamente muy alegre y agradable.

LA CAZA DEL JOCHI PINTADO

No había pasado, más de una hora que los quimbae se internaron selva adentro, llegaron con dos grandes Jochi Pintado que habían casado en una loma no muy lejana. Cuenta Rufino, que al pie de dos gigantescos árboles de Cedro, se veía una cueva, con rastros de que en ella había entrado algún bicho no hacia mucho. Este podía ser Tatú o Jochi.

Con todo cuidado, buscaron los respingos que existían y que utilizan estos animales, como escape ante el acoso y el peligro, procediendo a taparlos con pedazos de troncos secos, evitando así que la presa pudiera huir. Catoira cortó una hoja de Motacú larga y flexible, la raspó y metió por el hueco de la cueva. Cuando la sacó y olió, dijo que era Jochi Pintado. Pato procedió diligentemente a traer leña seca, con la que hizo fuego al borde de la boca principal de la cueva, produciéndose un humo espeso que se metía a la misma. Rufino, con otros jichiquis, procedió a fabricar la trampa, colocándola con la parte ancha, a la entrada de la cueva y la angosta al otro lado.

El Jochi Pintado, acosado por el enceguedor y ahogante humo, intentaba salir por los respingues, pero los taponos resistieron. Ante esto, desesperado salió con toda fuerza por la boca principal, metiéndose directamente en la trampa, quedando momentáneamente inmovilizado, lo que fue aprovechado por los hábiles y ágiles quimbae para rematarlo.

Una vez asados los Jochi, el almuerzo transcurrió en total camaradería y muestra de gozo por la buena comida. Luego, nos recostamos en nuestras hamacas, a dormir una placentera y reparadora siesta.

LA LOMA DE LAS LONDRAS

Como a las tres de la tarde, seguimos nuestro viaje a la Loma de las Londras. Cuando se iba la luz del día, llegamos a una poza con agua donde hicimos nuestra jara. Así transcurrieron varios días. Los quimbae se orientaban y llegaban siempre a pozas con agua dentro de la selva. A las dos de la tarde del octavo día, divisamos la cañada que bordea la Loma, con una anchura de unos cincuenta metros aproximadamente. Catoira, encabezando la columna dijo.

Llegar...

Alborozado y entusiasmado, me adelanté hacia la cañada y vi sus aguas negras y profundas, estaban enmarcadas dentro de una barrancas como cortadas para el efecto. Árboles y arbustos crecían en sus bordes, dando un espectáculo de belleza solemne. Divisé unas nutrias que ágilmente se perdieron en las aguas, colmando mi espíritu de alegría y haciendo renacer mis sueños de riquezas.

Acampamos en la orilla de la cañada, bajo un frondoso árbol de Jorori. Estaba rodeado de arbustos que se cortaron, para despejar la porción de terreno donde se instaló el campamento. Pareció un palacio selvático, más bello que el de Tarzán y Robinson Crusoe, etc. Al lado de la loma, se hallaba un gigantesco árbol de Ochoó caído, que con otro seco del lado opuesto, formaban un perfecto puente que invitaba a visitarla.

El primer día de nuestro arribo, lo dedicamos a acomodar el campamento y descansar. Llegó la noche, por el cansancio de la caminata y rodeados de una inmensa fogata, nos dormimos a pata ancha hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Como a unos veinte metros de donde dormía, había un Guayabochi seco, lugar en donde pasaban la noche una infinidad de pavas campanillas. Maté varias, sirviendo para la alimentación

del día. Exploramos la cañada, la loma y sus cercanías en busca de las Londras y algunas señales o vestigios de la civilización que la construyó.

Caminamos durante seis a siete horas, siguiendo el curso de la cañada, pero no encontramos las londras. Las que había visto la jornada anterior, no eran más que una manada de lobitos de agua, confundidas con londras por ser muy parecidos, diferenciándose solamente por su menor tamaño. Emprendimos el regreso al campamento, con el desconsuelo de saber que el penoso viaje había sido en vano, dedicándonos el resto del día a descansar y rumiar nuestra decepción.

Al día siguiente, decidimos explorar la cañada hasta donde fuera posible; ya no, con la mira de la pretendida cacería de londras, sino acumular carne para el retorno. La cañada no tenía fin, pues esta se une o desemboca en el Río Negro, a muy largo trecho de donde nos encontrábamos. El río Negro, confluye en el caudaloso Río Machupo, muy cercano a la beniana población amazónica de San Ramón en el Beni.

Después de un sueño reparador, de un desayuno consistente en unas pavas campanillas a las brasas, aprovechando el gran árbol caído que servía de puente, cruzamos hacia la gran loma. Este hecho, me hacía sentir una gran emoción, pues lo que veía me demostraba lo grandioso del trabajo efectuado para su construcción. Por todos lados, se mostraban restos de cerámica de todo tipo.

En nuestra exploración, salimos a una pampa aledaña al norte de la gran loma, vimos un gran terraplén que lo seguimos por más de un kilómetro, tenía más de un metro de altura por dos de ancho y estaba en perfectas condiciones, pues había resistido el embate del tiempo. El terraplén conducía a una isla solitaria, que se veía en la lejanía.

Penetramos nuevamente a la selva, explorando el lado naciente de la loma, cercano a la orilla de la cañada, nos encontramos con una infinidad de huesos. Era el cementerio de las londras, dejado por anteriores cazadores.

Pato exclamó...

Mira huesos londras...

Parece que quimbae Eviato. Venir matar comento Matilde. Hecho que llenó de gran desilusión mi espíritu, se esfumaban mis sueños de riqueza, como también mi hacienda ganadera.

ANTONIO CUELLAR

Esa noche no fue de descanso, sino de pesadillas. Soñaba con londras, que venían hacia mí y se esfumaban por encanto, cuando ya estaban casi en mis manos.

Era bastante avanzada la mañana, me encontraba acostado en mi hamaca todavía, pues por la mala noche que había pasado, no tenía ánimos para levantarme y no quería enfrentarme con los miles de mosquitos, pululantes alrededor de mi mosquitero. De pronto, escuché un comentario a gritos de Rufino que dirigiéndose a mí decía excitado.

Joven...

Guarayo estar aquí...

Ante la noticia, salté de mi lecho y lo tranquilicé, pidiéndole que contara con más detalle lo que pasaba. Todavía excitado me dijo. Guarayo Antonio Cuellar estar cerca campamento. Seguirnos buscar londras, traer Juan Rata. Si querer nosotros flechar. No, no lo hagan. Dejen que vengan, tranquilice a mis amigos los quimbae, muy agitados y que estaban resueltos a atacar a los intrusos.

Del extremo Sur del claro que nos servía de campamento, apareció Catoira acompañado por Antonio Cuellar y sus camaradas. Conversé con ellos, los que reconocieron haber seguido nuestros rastros en busca de las londras, pues conocían la leyenda contada por los quimbae. Los conminé a retornar a San Nicolás, cosa que al parecer hicieron, pues no volví a saber de ellos durante el tiempo que estuvimos en la expedición.

Los días en la Cañada de las Londras, los pasamos cazando. Siempre con la esperanza de encontrar algún grupo de estos

animales. No parecieron, cosa que hizo que regresáramos a la hacienda. Quedé triste, por no haber alcanzado la meta de mi sueño juvenil, tristeza que fue desvaneciéndose hasta quedar en nada, durante los veinte días que pase en la selva. Pero, hasta hoy sigo dando gracias a Dios, por la oportunidad que me dio de conocer a estos amados seres primitivos, que mantenían dentro de sí, los más bellos atributos del ser humano.

TRISTE FINAL DE MIS AMADOS AMIGOS CHORIS

La historia que narro, transcurrió dentro de la amazonía boliviana y los momentos vividos con los Sirionó, son los más felices de mi vida, por todas las vivencias que me aportaron estos seres, es que cuando se habla de ellos como bárbaros, me pregunto si el no ir al cine, el no vivir en ciudades y el estar en permanente contacto con las bondades de la naturaleza es serlo. Si así es la cosa. Entonces prefiero ser bárbaro, pues en este caso significa sencillez, hermandad, humildad, y una infinidad de atributos buenos.

Si llegáramos, a asimilar el ejemplo de estos nobles seres humanos, no existiría el caos que se campea en esta parte de la humanidad, tan orgullosamente llamada civilizada y si buscáramos aprender de los bárbaros, comprenderíamos y haríamos lo posible, para asimilar el equilibrio encontrado por los buenos y nobles sentimientos, de esta sociedad rudimentaria pero equilibrada.

Catoira, Jefe de la Tribu Sirionó, de cara redondeada, ojos achinados y con barbita incipiente, era más bajo que alto y no muy corpulento. Tenía voluntad, vitalidad y una fuerza impresionante. Su sonrisa permanente, demostraba que era dueño de un gran espíritu, corazón noble y bondadoso. Siempre estaba solícito a colaborar con los demás. Cosa que le hizo granjearse, la simpatía de propios y extraños.

Raquelita, su mujer, tenía rasgos mongoloides bien definidos, le daban una rara y exótica belleza. Era muy hacendosa y sometida a la autoridad de su pareja. En ningún momento Catoira se portaba brusco con ella. Tuvieron varios hijos, todos ellos con nombres castellanos. Recuerdo solamente de Ignacio y Pituca, a pesar de

haber vivido mis años infantiles estrechamente ligado a esta familia. Cuan frágil es la memoria del ser humano.

Catoira, fue el mejor amigo de mi infancia. Estaba siempre conmigo. Me enseñó a hacer flechas y a interpretar los ruidos y las señales de la selva para sobrevivir dentro de ella. Me mostró los bejucos que dan agua, las raíces comestibles, a sacar palmito de las plantas hijuelonas del Motacú, especialmente a diferenciar las frutas comestibles de las venenosas. Todo el amor que existe dentro de mí por la selva, se lo debo a estos maravillosos seres, a quienes a través del tiempo no he podido olvidar. Este afecto por ellos, me motivó escribir estos recuerdos como homenaje de gratitud.

Cuando mi padre vivía, me deleitaba contemplando como charlaban y fumaban juntos al atardecer, después de la faena diaria, él en su hamaca rodeado de sus invitados. Papá, los obsequiaba con guarapo y cigarros, mientras escuchaba con bondadosa paciencia cómo contaban sus hazañas y las historias de su tribu. ¡Cuanto amaba a estos sencillos amigos míos!, y este acontecimiento en especial, me llenaba de infantil gozo, pues para mí era lo más grande, ver juntos a los amados de mis sentimientos infantiles.

Después de muerto mi padre, los encargados de Eviato quisieron arrebatarnos su libertad a los Sirionó. Mi madre luchó contra ello. Oponiéndose tenazmente, a que las distintas comisiones enviadas consiguieran su objetivo. Cuando los emisarios de Eviato llegaban a San Nicolás, nos atrincherábamos en el monte cercano, desapareciendo de la hacienda, en completo estado de beligerancia. Muchas veces los quimbae, quisieron flechar a sus intrusos perseguidores.

Mamá, los calmaba con infinita paciencia, mientras que yo, en mi fantasía de los diez años, estaba dispuesto a jugarme la vida por la

libertad de mis queridos Chori. Después de muchas batallas, libradas por mi madre, ante las más altas autoridades eclesiásticas y políticas del país, nos dejaron tranquilos.

Como no todo en la vida es bueno, después de conseguir liberarlos de Eviato, sin darnos cuenta, los pusimos en manos de un capataz malo y su mujer que los trataron con desprecio. Pues cuando mi padre vivía y mi madre estaba en San Nicolás, los Sirionó eran tratados como hijos, tenían la despensa abierta para tomar lo que necesitaran para alimentarse y vestirse. Después de la muerte de papá, mamá tuvo que ausentarse a su ciudad de origen, Santa Cruz de la Sierra por bastante tiempo, acompañando a sus hijos cuando cursábamos nuestros estudios.

La hacienda quedó en manos de Agripino y su mujer, empezaron a mezquinarles todo, e incluso en algunas ocasiones llegaron a vejarlos, atándolos y haciéndoles dar de azotes. El cambio radical, en el trato dispensado a los aborígenes por parte del personal de la hacienda, obligo a mis queridos amigos, a huir de San Nicolás hacia lo más profundo de la selva llamada Monte Grande.

Al paso del tiempo, mis queridos amigos, cayeron en manos de gente carayana que los explotaron, haciéndoles trabajar y cazar para ellos sin proporcionarles alimento ni medicinas. Estado de cosas, que complotó contra su existencia y el causante, del final trágico de la tribu del Gran Cacique Pava Santo.

Poco a poco, fueron muriendo mis entrañables amigos. Primero el jefe Catoira posiblemente de malaria. Luego María Víbora que murió devorada por un tigre, al dirigirse hacia un pozo de agua cercano del lugar, en donde estaban asentados en media selva. Matilde y Rufino, perecieron también de enfermedades relacionadas con la fiebre. María Camello un día, desapareció del campamento y no se supo nunca de la suerte que corrió.

Así fue diezmada la tribu. Destino basado en la agresión, de la soberbia y la incomprensión llena de maldad social de los más poderosos. Causa básica de la mayor agresión, peor que la hubieran podido sufrir por la naturaleza misma.

Los hijos de Rufino, de ellos Sebastián y Amelia no se supieron nada. Ignacio hijo de Catoira y Raquelita murieron en Eviato, a donde llegaron buscando refugio en compañía de Florinda mujer de Rufino. Pato y Carmen criaron a Pituca hija de Catoira y Raquelita, esta ya muerta, le sobrevive su marido.

Soledad, Dora, María René y otras componentes de la tribu, como pocos que lograron salvarse de tamaño despropósito, fueron rescatados por mi madre y otros llevados a Eviato. Supe de todo esto cuando retorné de Europa, donde fui enviado a estudiar. Después de largos días de búsqueda, supe de Pato y Carmen vivían en un chaquito cercano a Casarabe. Criaron a Pituca hija de Catoira, cuando murió este y su mujer Raquelita. Florinda vive todavía en Eviato, es la única sobreviviente de esta gran tribu amiga.

Cuanto me arrepiento de haber ayudado, por ese amor que les profesaba, no fueran llevados a la reservación y por esto quizás, haber sido culpable de entregarlos a peores verdugos, los que al final causaron su desgracia y desaparición.

Pido Perdón a Dios y a estos mis nobles, amados y entrañables amigos, por el daño que sin querer les causé.

GLOSARIO

Por la importancia que reviste conocer algunas palabras o nombres utilizados, presento una relación, con la explicación y su significado de cada una.

AGUAÍ: Árbol amazónico de gran altura, de fruta dulce y comestible

AMBAIBO: Árbol de fruta dulce que crece en la amazonía y es alimento especial para las pavas campanillas.

ATUCHAE: Palabra Sirionó que significa ven o vení.

AURORA: Pequeña ave de colores vivos, rojo en el pecho y azul en la espalda.

BEJUCO: Tallo y raíces de diferentes especies de lianas. Plantas trepadoras propias de las selvas tropicales.

BENI: Departamento de la República de Bolivia.

BIBOSI: Árbol del Higuerón, con varias formas que crece gigantescamente en las selvas amazónicas y en calidad de parasito se encuentra asociado con el Motacú y otros árboles.

BOROCHI: Lobo americano amazónico.

BUFEO: Delfín de agua dulce.

BURGO: Pequeña ave de múltiples colores brillantes y espejeantes.

CAIMÁN: Reptil saurio propio de los ríos de América.

CAÑA AGRIA: Arbusto de tallo y hojas blandas y carnosas que sirven de comida a los puercos de tropa y el Taitetú.

CAPIGUARA: (Carpincho) el mayor roedor de Sudamérica.

CAPIN: Pasto que sirve para la alimentación del ganado.

CARACHUPA: (Zarigüeya): Mamífero marsupial propio de América, de hábito nocturno.

CARAYANA: Nombre con que se denomina a los blancos por los pueblos originarios autóctonos de los llanos.

CASARABE: Villorrio cercano a Eviato habitado por carayanas, en el departamento del Beni.

CERAQUITI: Parte pastosa y negra que sostiene y arma la colmena de las abejas silvestres.

COGOLLO: Hojas en formación en el centro alto de la palmera

COQUINO: Árbol de porte mediano y fruta sabrosa.

CUAJO: Especie de garza de pelaje leonado.

CUÑA: Mujer en idioma Sirionó.

CURICHI: Pantano.

CHAPAPA: Especie de cama confeccionada con astillas de Sumuqué y otras maderas.

CHONTA: Palmera amazónica de porte medio y espinosa.

CHORI: Nombre peyorativo que se la da a esta tribu por otros grupos tribales, especialmente los Guarayos significando bárbaro manso.

CHUCHÍO: Planta que crece a la orillas de los ríos en la amazonía, similar a la caña de azúcar, que recibe el nombre de caña hueca en los valles bolivianos.

EVIATO: Nombre de la reservación Chori, de donde huyo la tribu del gran cacique Sirionó Pava Santo. En idioma Sirionó significa loma grande.

GABETILLO: Arbusto de porte delgado, duro y flexible que crece sobre los ríos amazónicos.

GAMA: Tipo de gacela de las pampas benianas amazónicas.

GUARAPO: Refresco a base de jugo de caña y miel de abejas.

GUARAYO: Etnia Tupí-guaraní que habita al Norte del departamento de Santa Cruz.

GUAJOJÓ: Garza nocturna de la familia del cuajo.

HITO – HITO: Baile Chori.

JARA: Lugar de descanso provisorio durante los viajes largos.

JASAYÉ: Recipiente confeccionado de cogollo de Motacú y de boca ancha.

JEVORÁ: Alimento almacenado en las colmenas de abeja.

JICHUQUI: Parte dura de la hoja de la palmera.

JOCHI PINTADO: (Paca): Mamífero roedor propio de América del Sur.

JOCHI COLORADO: Mamífero roedor parecido a la paca pero de color rojo.

JORORI: Árbol de gran porte, con fruta que sirve de alimentos a varios animales de la selva.

LAGARTO: Nombre que se le da a la especie de saurio muy parecido al Caimán, pero más pequeño.

LONDRA: Nutria de los ríos amazónicos.

LOBO DE RÍO: Nutria de menor tamaño que habitan los ríos amazónicos.

MARAYAÚ: Palmera espinosa de porte mediano y fruto dulce.

MARTIN PESCADOR: ave pescadora que vive en los ríos americanos.

MOTACÚ: Palmera amazónica.

MUTÚN: Pava selvática de gran porte.

OSO: En idioma Sirionó significa ir o vamos.

PAHUICHI: Precarias casas de Motacú.

PALMITO: Corazón comestible de las palmeras formando el cogollo.

PANACÚ: Implemento confeccionado con el cogollo del Motacú, que sirve para guardar cosas.

PATO CUERVO: Ave acuática de río similar al Cormorán.

PATUJÚ: Planta amazónica parecida a la planta de plátano o banano.

PAVA LIRA: Ave de vivos colores, parecida al pavo real en miniatura.

PAVA SERERE: Ave parecida a la pava campanilla y al Serere.

PALO DIABLO: Árbol esbelto, tronco recto y hoja ancha grande, contiene una cantidad de túneles habitados por hormigas agresivas y de picadura fuerte.

PALOMETA: (Piraña): Pez muy voraz y carnívoro que habita América tropical.

PERICO: (Perezoso).

PIARA: Pequeña ave de color Rojo y de cola larga.

PIRAQUINA: Árbol alto y recto de grosor mediano.

PIYO: (Ñandú) ave corredora americana.

POSETACÚ: Vivienda de hormigas y terminas que se encuentran en los motacúes, sirve para con su humo repeler los mosquitos.

PUERCO DE TROPA: Cerdo de las selvas amazónicas y rioplatenses.

QUIMBAE: Hombre en idioma Sirionó.

QUIMBAICITO: Niño en idioma Sirionó.

RESPINGUE: Salida alternativa en las cuevas de animales selváticos.

SICURÍ: (Anaconda): Serpiente gigante americana que vive en los lagos o ríos amazónicos y rioplatenses.

SIRIONÓ: Tribu Tupí-guaraní, asentada sobre territorios entre el río Piray y Río Grande en Santa Cruz, desplazada hacia la zona de Eviato sobre los ríos Cocharcas y Río Negro en el Beni.

SUMUQUÉ: Palmera amazónica, muy larga y esbelta.

TACUARA: Planta que crece en las selvas amazónicas de tamaño medio, similar al Bambú.

TACUAREMBÓ: Planta que crece en las selvas amazónicas de gran tamaño, similar al Bambú.

TAITA: Termino aplicable a la persona masculina respetable.

TAITETÚ: (Pecari): Cerdo de las selvas amazónicas y rioplatenses.

TAJIBO: (Urundel) Árbol leñoso de porte inmenso, cuyas variedades dan flores de varios colores.

TARACOÉ: Ave acuática y terrestre que vive cerca de las posas de agua.

TARI: Recipiente confeccionado del fruto del árbol del Totumo hueco y con boca angosta.

TAROPE: Plata acuática que cubre las posas de agua.

TEJÓN: (Coatí): Animalejo de las selvas amazónicas y rioplatenses.

TIGRE: Nombre que se le da en la zona oriental al Jaguar, que vive en las selvas amazónicas y rioplatenses.

TRINIDAD: Capital del departamento del Beni en la República de Bolivia.

URUCU: Planta de porte pequeño que da fruto que su semilla sirve para sazonar y dar color a las comidas.

YARAGUA: Pasto que sirve de alimento para los ganados.

YOPEROJOBBO: Pequeña serpiente venenosa de las selvas amazónicas y rioplatenses.

